

## **La reina del Orthon**

Crónicas femeninas del auge gomero



## Presentación de la obra

---

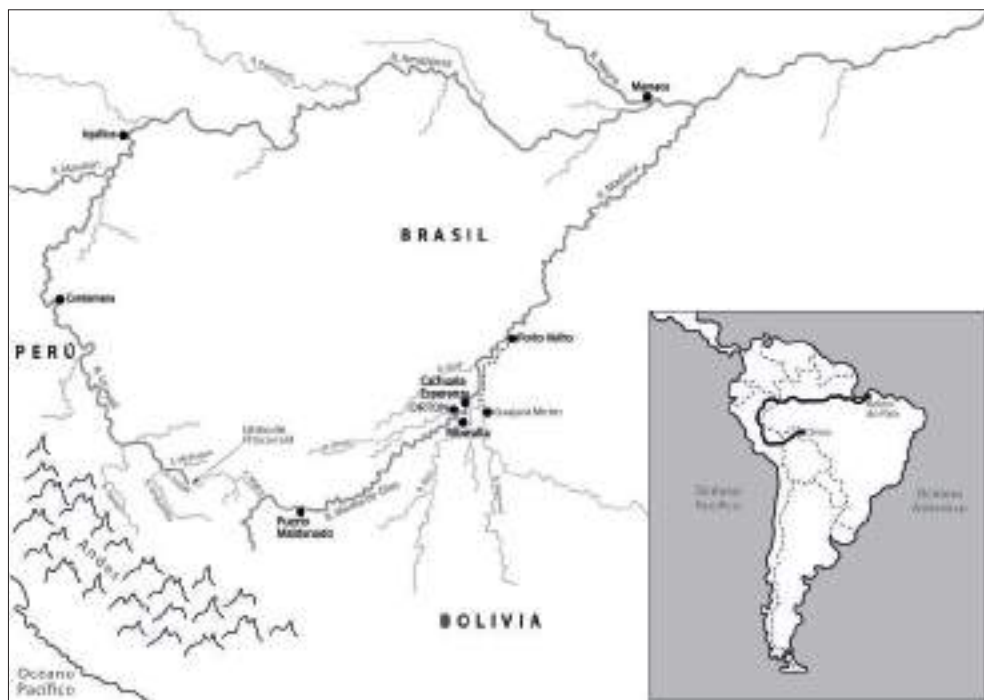
El presente libro se organiza de la siguiente manera. Escrita por Lorena Córdoba, la primera parte se titula «Historias de amor, de locura y de muerte: las mujeres en la industria gomera», y ofrece un análisis general de la experiencia de las mujeres indígenas, criollas y europeas que, desde fines del siglo XIX, participaron de diversas formas en el *boom* de la goma elástica en la Amazonía boliviana. Si bien a lo largo de los años se acumularon estudios que analizan el impacto de esta industria extractiva en el desarrollo histórico de la cuenca amazónica, la participación femenina en ese proceso fue silenciada e invisibilizada. Y, sin duda, buena parte de ese sesgo se debe a la ausencia de fuentes documentales confiables que aporten testimonios representativos sobre la experiencia femenina en el mundo cauchero.

La segunda parte de esta obra, por lo tanto, se propone justamente remediar esa ausencia. Se trata de la traducción del inglés al castellano, realizada por Lawrence Wheeler, del libro originalmente compilado por Tony Morrison, Ann Brown y Ann Rose titulado *Lizzie: A Victorian Lady's Amazon Adventure*, que en 1985 publicó en Inglaterra la BBC. Ese volumen compila una selección de las cartas escritas por Elizabeth 'Lizzie' Hessel, que en 1896 partió de Londres junto a su esposo Fred para trabajar en una barraca gomera en el río Orthon, en el norte de Bolivia. En su viaje hacia la exótica Amazonía, Lizzie escribió unas cincuentas misivas desde París, Manaos, Perú y finalmente el río Orthon, donde moriría, y ese epistolario compone un documento único, excepcional, que nos permite apreciar la voz

---

de una mujer, sus preocupaciones, sus sensibilidades y sus puntos de vista sobre la cotidianidad de la vida en la barraca, las vicisitudes de la industria gomera y las problemáticas relaciones con el mundo indígena y criollo. Gracias a la generosa autorización de la familia de Ann Brown -herederos legales de las cartas de Lizzie-, como también de los editores británicos, esta obra ofrece entonces al público hispanoparlante, por primera vez, el testimonio directo de una mujer sobre el esplendor de la goma elástica, y asimismo la reproducción de las fotografías originales del archivo familiar de Ann Brown.

Por último, se presenta la traducción -realizada por Diego Villar- de una entrevista a Lizzie publicada en *The Morning Leader* el 29 de diciembre de 1896. Además de las mencionadas fotografías, el libro reúne una selección fotográfica sobre la época del caucho recolectada por Lorena Córdoba a lo largo de los años en diversos archivos públicos y privados de distintas partes del mundo. Las imágenes forman parte del proyecto de investigación Marie Skłodowska-Curie GA 101022640 *Nameless-stories: The Invisible Women: Nameless and Forgotten Stories of the Rubber Boom (Bolivian Amazonia, 19-20th centuries)*, financiado por la Unión Europea. La colección de fotografías de época es otro de los caminos elegidos para reconstruir la presencia de las mujeres -muchas veces relegada y demasiadas veces olvidada- en la era extractiva que cambió, para siempre, la historia de la Amazonía boliviana.



Mapa. El recorrido de Lizzie y Fred Hessel por la región amazónica.  
Elaboración: Alberto Preci y Lorena Córdoba



# **Historias de amor, de locura y de muerte: las mujeres en la industria gomera**

Lorena Córdoba





# 1 Apogeo y caída de la goma elástica

---

**Índice** 1.1 Génesis del esplendor gomero. – 1.2 El fin de una era dorada.

Desde 1880 hasta 1920, la industria de la goma elástica hizo que la cuenca amazónica –y en particular la selva boliviana– se abrieran al comercio internacional.<sup>1</sup> Al mismo tiempo, el auge gomero hizo que, por primera vez, las tierras hasta entonces marginales del Beni, Pando o Acre ganasen tanto una posición estratégica en el tablero republicano como una comunicación más directa con el mercado regional y el global. Llegaba a su fin otra industria que había hecho fortuna en el Beni –la extracción con fines medicinales de la quina,

---

**1** Estas fechas de inicio (1880) y fin (1920) del auge gomero boliviano podrían discutirse puesto que no están necesariamente definidas con nitidez. Sin embargo, con un fin meramente expositivo, aquí tomamos el descubrimiento de la conexión entre los ríos Beni y Mamoré por parte de Edwin Heath como punto disparador del auge de la industria gomera y, asimismo, para ubicar temporalmente su ocaso, optamos por un período crítico (1910-20) que comprende tanto la inauguración del ferrocarril Madeira-Mamoré (1912) como las sucesivas bajas en el precio internacional de la goma durante las décadas siguientes.

cascarilla o quinina (*Cinchona calisaya* var. *ledgeriana*), que había sentado a su vez parte de las bases logísticas, financieras y laborales que posibilitaban que numerosos industriales pasaran a explotar el nuevo *commodity* obtenido al rayar los árboles de la goma (Córdoba 2012; 2019; Córdoba, Bossert, Richard 2015).<sup>2</sup> Suele escribirse, así, que los últimos cascarilleros fueron los primeros sirringueros, mostrando justamente la continuidad de la agenda extractiva. El relato del fraile franciscano Jesualdo Maccheti es claro en este punto:

Siringa: así llaman acá a la goma elástica, la principal industria de este río Madera. Por todas partes se ven barracas en las orillas de este río: la mayor parte son de bolivianos que se ocupan de este precioso vegetal; así como las quebradas y torrentes de Bolivia, fuentes de este río gigante, están pobladas de miles de cascarilleros, que con grandes penalidades y fatigas inauditas extraen de las más escarpadas serranías aquella cáscara febrífuga para alivio de la humanidad de todo el globo: así, estos sirringueros con menos trabajo sacan la blanca leche de estos árboles producidos por la naturaleza en estas riberas, para obras útiles y aun de lujo a hombres y mujeres.<sup>3</sup> (Maccheti 1886, 53)

Hacia fines de la década de 1860, la explotación de la quina entra en declive y es paulatinamente reemplazada por la cada vez más pujante industria gomera. En 1867, cuando Maccheti realiza por primera vez el recorrido fluvial desde la misión de San Buenaventura hasta Manaos, surcando el Madeira-Mamoré hasta navegar el propio Amazonas, nos ofrece uno de los primeros testimonios que reporta la presencia de sirringueros que rayan la corteza de la *Hevea brasiliensis* en precarias barracas asentadas en las márgenes de los ríos amazónicos. La sorpresa del franciscano se comprende cuando recordamos que, en ese mismo período, Brasil ya había iniciado la producción a toda máquina de la hevea, mientras que en la vecina Bolivia todavía faltaba más de una década para que se dieran las necesarias condiciones estructurales.

Cuando efectivamente se disparó la explotación de esta materia prima en Bolivia, el hecho impulsó una política sistemática de explotación del territorio, la apertura de nuevas vías de comunicación y la consolidación de las fronteras nacionales. Pero, además, el boom extractivo se tradujo en una notoria expansión demográfica: la selva

<sup>2</sup> Asumimos provisionalmente como sinónimos los vocablos ‘caucho’, ‘goma’ o ‘siringa’ más allá de sus diferencias técnicas (por un lado el ‘caucho’, *Castilla elastica* o *Castilla ulei*, y por otro la ‘goma elástica’, *Hevea brasiliensis* o *Hevea benthamiana*) y las modalidades específicas de su explotación extractiva (Barham, Coomes 1994a, 45).

<sup>3</sup> Para mayor información sobre la explotación local de la quina, consultar Fifer 1976; Roca 2001 y, asimismo, el estudio de Gänger 2015 para un punto de vista comparativo más extendido tanto en el tiempo como en el espacio.

amazónica comenzó a recibir oleadas cada vez mayores de migrantes de otras partes de Bolivia y también una masa creciente de trabajadores internacionales encandilados con la fortuna casi instantánea que prometía el ‘oro’ que manaba de los árboles.

Para comprender los imaginarios sobre los hombres y las mujeres que se involucraron con esta aventura extractiva, es imperioso reconstruir, aunque más no sea brevemente, la forma decisiva en que la industria de la goma transformó de forma drástica la geografía económica, política y social de la cuenca amazónica.<sup>4</sup> A fines del siglo XIX, como dijimos, la mayoría de los países amazónicos se vuelca con entusiasmo a la explotación y comercialización de la goma: en primer lugar, Brasil, con casi el 80-90% del mercado mundial; luego Bolivia y Perú, con entre el 5 y el 10%, y finalmente Colombia y Venezuela, con una producción más escasa (Barham, Coomes 1994a, 40-1; 1994b). Dijimos también que Bolivia ingresa relativamente tarde al mercado gomero, ya que su propia geografía ralentizaba la salida de la materia prima al mercado internacional: al no tener un puerto internacional como Brasil, la goma elástica debía exportarse por Mollendo, en Perú, luego de ser transportada a lomo de burro durante tres meses, o bien debía emprenderse una larga travesía fluvial hacia Brasil que era igualmente agotadora (Villar 2020, 27-60). Para 1870, el comercio gomífero marchaba a todo vapor en el vecino Brasil mientras que en el Beni –tal como describía Macchetti– recién se instalaban las primeras barracas gomeras. El punto de inflexión de la industria se da con el hallazgo geográfico que realiza el médico norteamericano Edwin Heath al navegar el río Beni desde Reyes hasta la confluencia del Mamoré. Este descubrimiento potencia la maquinaria logística de la industria y sobre todo simplifica y abarata de forma considerable la exportación de la materia prima, lo cual propicia a su vez la mencionada oleada colonizadora al entonces llamado Territorio Nacional de Colonias (Ballivián, Pinilla 1912). Comienzan así a propagarse velozmente los establecimientos caucheros a lo largo de las orillas de los principales ríos y afluentes amazónicos (Madeira, Mamoré, Beni, Orthon, Acre, Madre de Dios, Iténez o Abuná):

Si mediante nuestros pequeños y patrióticos esfuerzos, los hombres dirigentes de la República procuran la correcta explotación y mejoramiento de la industria gomera, que hoy brinda un halagador

---

<sup>4</sup> Aquí no se realiza un análisis exhaustivo de la industria. Para información general sobre el auge gomero en la Amazonía, ver Weinstein 1983; Barham, Coomes 1994a; 1994b; Ullán de la Rosa 2004 o Paredes Pando 2013. Para estudios más recientes del caso boliviano, ver Claire Castedo 2021; Córdoba 2015a; 2015b; 2018; Durán Mendoza 2014; Fifer 1970; 1976; 2009; García Jordán 2001a; 2001b; Gamarra Téllez [2007] 2018; Guiteras Mombiola 2012; Guiteras Mombiola, Córdoba 2021; Roca 2001; Stoian 2005; Vallvé 2010; Van Valen 2013; Villar 2020.

porvenir, entre los varios y ricos productos con que la naturaleza nos ha prodigado; la satisfacción que experimentamos al ver realizarse nuestras aspiraciones en bien del progreso del país será inmensa e íntima, cual la del ciudadano que ha contribuido siquiera en escala ínfima al adelanto y engrandecimiento de una de las ricas e importantes industrias de nuestro privilegiado suelo. (Ballivián 1902, 3)

La esperanza de Ballivián tenía sus razones. Si, por ejemplo, hasta 1880 se empleaban en Misión Cavinás unos doscientos trabajadores, luego del descubrimiento de Heath la población llega en pocos meses a dos mil (Fifer 1972, 176-9). Una ola incontenible de nuevos actores sociales penetra la selva y comienza a levantar barracas en diversos puntos estratégicos de los ríos amazónicos de 1881 a 1884, y las regiones del Bajo Beni y del Alto Beni quedan unidas en un único circuito extractivo que exporta la goma vía Manaos y Pará:

Doce chelines por una libra de goma fue el precio más alto que llegó a pagarse en los mercados mundiales de Nueva York y Liverpool. Se acumularon enormes fortunas, y se registraban reservas aparentemente inagotables en libros y balances. El mundo pedía a gritos goma, más goma y cada vez más goma. Esta fiebre en torno del “oro negro” también hacía subir las operaciones. Miles de toneladas descendían desde los bosques indómitos por el Amazonas. Se abrían más barracas, se contrataban más trabajadores. (Leutenegger [1940] 2015, 371)

Pero aun luego de la unificación del conglomerado gomero la salida del producto al mercado mundial seguía siendo problemática. Las cachuelas del Madeira se cobraban su cuota en bolachas de goma y se perdían vidas humanas con cada batelón (canoas) que zozobaba. Sin embargo, el precio mundial de la goma hacía que cada vez más gente trabajara no sólo en las barracas sino en el transporte de la materia prima:

Bajo cada catarata era frecuente encontrar alguna gente cuyo solo medio de vida consistía en el salvataje del caucho flotante, sobre el que cobraban 25% a los dueños o sustituían sus marcas por las propias.<sup>5</sup> (Fifer 1972, 183-4)

---

**5** Para una descripción de primera mano de las cachuelas del Madeira, véase Keller 1875. Para el análisis de la navegación fluvial en la Bolivia amazónica antes y durante la época de la goma, con la aparición del barco de vapor y sus diversas implicancias, ver Villar 2020. Para una visión comparativa de la navegación de vapor en tres países amazónicos, Céntola 2004.



**Figura 1** Postales de la época. Sin fecha. Sobre n.º 1. Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

A la vez, el inédito potencial económico de la industria gomera impulsa una oleada de viajes y expediciones que buscan explorar, catalogar y cartografiar un territorio selvático hasta entonces inhóspito, marginal, apenas mencionado en tiempos coloniales: así, Lardner Gibbon, Ivon Heath o Agustín Palacios son algunas de las figuras prestigiosas comisionadas por los gobiernos de turno para ser la punta de lanza de la colonización. Ligada con la industria gomera se remodela entonces la agenda nacionalista, y la fiebre del caucho resulta indisoluble del proceso de conformación republicana de las fronteras limítrofes, que en una de sus vertientes desencadenará la guerra del Acre entre Bolivia y Brasil (1899-1903). En ese lapso, asimismo, transcurre la fundación de las principales ciudades del norte del país (Riberalta, Villa Bella, etc.), la repartición de títulos de propiedad y el establecimiento sistemático de tributos fiscales (Guiteras Mombiola 2012). Pero lo que interesa destacar, en definitiva, es que resulta imposible desligar la conformación histórica del Oriente boliviano de sus conexiones con la industria gomera.<sup>6</sup>

### 1.1 Génesis del esplendor gomero

De todos los cambios y movimientos que produjo la era de la goma elástica en la Amazonía boliviana, aquí pretendemos enfocarnos en la transformación demográfica y migratoria. Siguiendo la misma lógica de expansión que desplegaron otras economías extractivas en Latinoamérica –pensemos en el café, la minería o la quina–, la vertiginosa circulación monetaria atrajo a trabajadores nacionales y extranjeros que buscaban su oportunidad:

Los barones del caucho encendían puros con billetes de cien dólares y calmaban la sed de sus caballos con cubos de plata de champán francés bien frío. Sus esposas, desdeñosas de las turbias aguas del Amazonas, enviaban la ropa de cama a Portugal para que la lavaran [...] El gran símbolo del exceso –celebrado hasta hoy– fue la Ópera de Manaos, una monumental extravagancia del *Beaux Arts* diseñada por un arquitecto portugués y construida a lo largo de diecisiete años, hasta 1896. (Davis 2014, x)

En Bolivia, la opulencia potencial no sólo atrajo a gente proveniente de otras regiones del Oriente boliviano (la Chiquitanía, el Chaco, Mojos o Santa Cruz de la Sierra), sino también a trabajadores andinos y asimismo a una masa considerable de inmigrantes franceses,

<sup>6</sup> Ver Fifer 1970; 1976; Gamarra Téllez [2007] 2018; García Jordán 2001b; Córdoba 2015a; 2018.

ingleses, alemanes o suizos. Podemos citar, por ejemplo, la impresión asombrada de dos aventureros suizos que se enrolaron en las firmas comerciales Braillard y Suárez Hermanos:

El lujo que existía aquí desafiaba cualquier descripción. El dinero no importaba en absoluto. ¡Goma, goma! Ésa era la gran cosa. Magníficas mansiones privadas y enormes palacios hoteleros surgieron prácticamente de la noche a la mañana. Había además locales nocturnos encantadores por doquier, en los que se podían encontrar todas las razas del mundo. A estos locales se llevaba a los ricos productores de goma y se los agasajaba generosamente con todo tipo de bebidas. (Ritz [1934] 2015, 58)

Cuando después de semanas de ausencia un vapor volvía a subir hasta Cachuela, se solía organizar una gran borrachera. Los maquinistas ingleses y alemanes traían los bolsillos llenos de libras de oro y además una sed incontenente. Las cajas de cerveza, vino, whisky y coñac desfilaban a granel. Queríamos desagraviar la soledad de meses en el río. Con una libra inglesa se compraba dos y a veces sólo una botella de cerveza. Las libras de oro rodaban por cada cabaña gomera, y también por las más pobres. El precio de la goma estaba subiendo y quien podía mostrar goma tenía crédito y oro. Pero con la misma facilidad con la que las libras de oro llegaban rodando, también se iban. (Leutenegger [1940] 2015, 232)

A decir verdad, como revela hacia el final Ernst Leutenegger, los trabajadores gomeros no siempre encontraban la fortuna imaginada:

En la región de Amazonas, los elevados salarios ejercían una atracción muy eficaz, pero el control de precios por parte de los empresarios caucheros y los dueños de los almacenes de provisiones eliminó muchas de las ventajas esperadas, y la elevada mortalidad a causa de las enfermedades transformó la región en un pozo sin fondo del que muy pocos podían escapar. (Bethell 1992, 351)

El canto de sirena de la goma muchas veces se esfumaba rápidamente por causas como las enfermedades crónicas de la selva o por el endeudamiento cíclico del trabajador. Nadie estaba completamente a salvo de los vaivenes de la fortuna: ni los trabajadores bolivianos ni los extranjeros.

No obstante, la goma seguía siendo rentable y los eventuales problemas del llamado 'oro negro' no impedían que siguiera transformando pequeños poblados en ciudades y las ciudades en flamantes metrópolis como las imponentes Manaos o Belém do Pará

en Brasil,<sup>7</sup> o como en el caso boliviano Riberalta. El mundo pedía a gritos la goma que salía diariamente del puerto de Manaus y cada día seguían arribando más y más trabajadores para sostener la demanda. Uno de los extranjeros que llegó a Bolivia en busca de oportunidades fue el coronel George Church, ingeniero de ferrocarriles y principal agente de la Compañía Nacional Boliviana de Navegación, encargado de uno de los tantos proyectos que procuraban sortear las peligrosas cachuelas del Madeira (Fifer 1972, 171). Lamentablemente, cuando Church fallece en 1910, el ferrocarril no había sido terminado. Otro inmigrante que llegó para trabajar en el proyecto ferroviario fue Edwin Heath, quien completó la exploración del río Beni que había iniciado su célebre hermano Ivon.

En Brasil, el mejor lugar para apreciar el vértigo inmigratorio y las innovaciones que suponía era Manaus, epicentro de la modernidad gomera. Para la década de 1880 abundaban los comerciantes franceses y alemanes que instalaban los primeros hoteles y casas de esparcimiento, y trece firmas exportadoras tenían sus representantes en la ciudad administrando la red comercial con Europa.<sup>8</sup> Para Valerie Fifer (1972, 187), incluso, «Manaos tenía más afinidad con Europa que con Río de Janeiro». Dos testimonios fotográficos dan prueba fehaciente de la opulencia de la ciudad: por un lado, las fotos reunidas en varias colecciones públicas y privadas por Dana Merrill, ingeniero contratado por el ferrocarril Madeira-Mamoré (G. Neeleman y R. Neeleman 2014) y, por el otro, el libro de Henry Pearson, editor de la revista *The India Rubber World*, que visita Brasil en 1910:

El precio al que se vende el caucho en Pará y en Manaus domina el espíritu de la gente y, en tiempos del boom, cuando abunda el dinero, se gasta profusamente. Un brasileño rico, aún con una fortuna temporaria debida a una repentina suba en el mercado de la goma, comprará cualquier cosa: desde un automóvil hasta un elenco de ópera, y desembolsando el dinero con alegría. (Pearson 1911, 41)

La Amazon Telegraph Co. Limited, compañía británica concesionada por el gobierno brasileño en 1895, suministraba el servicio de telegrafo, y entre Pará y Manaus existían las siguientes estaciones telegráficas: Breves, Gurupá, Monte Alegre, Santarém, Óbidos, Parintins e Itacoatiara (83). Pero, tal como observaba oportunamente

<sup>7</sup> A nivel amazónico: «El número de habitantes de la región amazónica aumentó en un 65,7% entre 1877 y 1890, y en un 40% en el último decenio del siglo. La opulenta ciudad de Manaus fue el floreciente centro del citado auge entre 1890 y 1920, que repercutió también en los territorios orientales de Colombia, Perú y Bolivia, por donde se propagaron los buscadores de fortuna» (Bethell 1991, 128-9).

<sup>8</sup> De las firmas exportadoras había cuatro brasileñas, cuatro portuguesas, tres inglesas y dos alemanas (Fifer 1972, 186).



Wade Davis, tal vez el símbolo más elocuente de la opulencia cauchera haya sido el Teatro Amazonas. Dedicado a la ópera y a las artes escénicas, este teatro, prefabricado en Europa y erigido en 1896 por orden del gobernador provincial Eduardo Ribeiro con apoyo de los magnates caucheros de la ciudad, fue cuna de muchos mitos que circulan hasta hoy.

En una escala seguramente menor, la misma lógica modernizadora se comprueba en la Amazonía boliviana, donde la industria y la inmigración tanto nacional como internacional comienzan a nutrir pequeños poblados hasta convertirlos en auténticos epicentros urbanos, como Trinidad o Riberalta. Dos de los industriales que sobresalieron leyendo el nuevo escenario fueron los legendarios Antonio Vaca Díez y los varones de la familia Suárez Callaú, con don Nicolás a la cabeza. Por sus dotes comerciales y su visión empresarial, Nicolás Suárez llegó a ser de hecho apodado ‘el Rockefeller del caucho’.<sup>9</sup> En Cachuela Esperanza, sede de la empresa Suárez Hermanos, todavía encontramos el Teatro General Pando, que Suárez hizo construir emulando a su fabuloso par de Manaos y al Teatro da Paz de Belém do Pará. Por todas partes se percibe la misma agenda de orden y progreso, y la ciudad provocaba la admiración general por la luz eléctrica, los automóviles, el hospital con moderna sala de operaciones, el periódico local, la escuela para las niñas o la revista *Moderna*, dirigida por Judith Suárez de Solares.

No menos importante fue la revolución de la infraestructura de comunicación y transporte. La hidrografía amazónica boliviana no estaba completamente trazada y suponía obstáculos naturales, como las reiteradas cachuelas o la estacionalidad marcada. Además, no era raro que las embarcaciones debieran sortear ataques de los indígenas por entonces llamados ‘bárbaros’ o ‘salvajes’. Con todo, el factor que más hacía peligrar las naves y sus tripulaciones era otro:

Los testimonios al respecto son unánimes: los navegantes son “diezmados” por la disentería, el beri-beri y sobre todo la malaria. Más que el clima impiadoso, las alimañas, los accidentes o los ataques sorpresivos de los salvajes, lo peligroso es, definitivamente, la fiebre. (Villar 2020, 42-3)

Diego Villar (67 ss.) ha reconstruido y analizado la problemática relación entre la industria del caucho y los comienzos de la navegación de vapor. En la Amazonía, la navegación de vapor comienza con los viajes brasileños entre Belém y Manaos en 1853 y luego, lentamente, se propaga por los numerosos cauces tributarios. A fines de esa

<sup>9</sup> Para la biografía de Nicolás Suárez, ver Pearson 1911, 149; Durán Mendoza 2014. En términos historiográficos, la contextualización más confiable sigue siendo la de Fifer 1970.



**Figura 2** Pesando las bolachas. Fuente: Feichtner [1897-1915] 2013, 64

misma década, el mismo Jesualdo Maccheti (1886) que había reportado las primeras barracas en Bolivia observa a los primeros vapores surcando el río Madeira. Para 1877, hay ya funcionando un servicio mensual de vapores. Sin embargo, en Bolivia hay que esperar a la década de 1890 para apreciar las lanchas que navegan regularmente por ríos como el Beni o el Mamoré. El gobierno boliviano planifica incluso canalizar los ríos amazónicos más importantes y le confía la tarea al mencionado coronel Church, quien crea la Compañía Nacional de Navegación Boliviana: su ambicioso objetivo era canalizar las cachuelas del Madeira y del Mamoré para posibilitar la navegación de vapor entre las principales ciudades amazónicas bolivianas y así facilitar la ansiada salida hacia el Atlántico.<sup>10</sup>

El problema de la infraestructura era particularmente grave en Bolivia, donde, por más que la calidad del producto silvestre fuera

**10** El proyecto también incluía la formación de una flota de modernas lanchas de vapor: «Gracias al patrocinio gubernamental, la empresa contrae un crédito de cerca de dos millones de libras esterlinas en Europa y adquiere la goleta *Silver Spray*, que en 1871 transporta las piezas necesarias para ensamblar el vapor *Mamoré* en la localidad brasileña de San Antonio. También se construye especialmente en los astilleros Yarrow el *Explorador*, de 12 metros de eslora, diseñado especialmente para los ríos bolivianos» (Villar 2020, 70-1).



**Figura 3** Lancha siglo XXI. 1900. Fuente: Historische Fotos aus Bolivien, Instituto Iberoamericano, Berlín

óptima, pasados veinte años del descubrimiento de Heath no había habido mejoría sensible en las vías de navegación o los ferrocarriles: año tras año, la extensión del área dedicada a la explotación cauchera era mejor conocida y mayor. Han ido explorándose vetas próximas, y se ha descubierto que hay allí más árboles productores de goma, y que éstos son todavía más rendidores y fécondos que en casi cualquier otra región, a lo que se añade que el país presenta ventajas con respecto a la salubridad. Pero la naturaleza ha hecho que Bolivia resulte prácticamente inaccesible. Hoy en día no existe comunicación entre el río Beni y el mundo exterior que no demore, al menos, dos o tres meses. («Conditions of Rubber Trading in Bolivia» 1902)

Lo cierto es que, por diversas razones, pasaron demasiados años, emprendimientos y proyectos truncanos como para que Bolivia llegase a contar con una red fluvial exitosa. Y, a tono con la propia dinámica de la industria cauchera, lo hizo a destiempo: la navegación de vapor, así, se vio signada por el mismo ‘sincronismo fatídico’ que hizo que, justo cuando el país logró finalmente conformar una flota de vapores modernos y eficaces, la demanda de la goma amazónica decayera de forma drástica al volcarse la compra mundial del producto hacia el mercado asiático (Villar 2020, 196).



**Figura 4** *Patio de la Casa Suárez con bolachas de goma en Cobija, Alto Acre, 11 de enero de 1912.*  
Foto: colección Ernst Ule, legado Eduard Seler, Instituto Iberoamericano, Berlín



**Figura 5** *Cachuea Esperanza. 1908-11.* Foto: Emil Bauler.  
Fuente: archivo privado Wolfgang Wiggers, Ottersberg

## 1.2 El fin de una era dorada

Cuando nos preguntamos por el ocaso de la goma amazónica, la primera respuesta que viene a la mente es la competencia implacable disparada por la irrupción en el mercado global de las plantaciones asiáticas. Sin que esa razón deje de ser cierta, tal vez el cierre de uno de los períodos más prósperos de la economía amazónica merezca alguna explicación complementaria. Lo cierto es que, debido a una singular concatenación de hechos, el boom de caucho llevaba en sí, desde el comienzo, el germen de su propio fracaso. Para fines del siglo XIX, los botánicos ingleses ya habían conseguido que las semillas del árbol de la goma se reprodujeran en Ceilán, Malasia y la India gracias al contrabando de *Hevea* que protagonizó el naturalista Henry Wickham.<sup>11</sup> Una vez conocido el suceso en Sudamérica, nadie creyó en el éxito de las semillas trasplantadas al Oriente asiático y, en una colosal mezcla de ingenuidad e imprevisión, los gobiernos peruano, brasileño y boliviano jamás tomaron en serio el proyecto británico de ‘domesticar’ la goma. Los brasileños fueron los primeros en declarar que los árboles gomeros jamás crecerían en Asia y, cuando efectivamente crecieron, se siguió sosteniendo que no darían goma. Cuando los árboles asiáticos dieron goma se adujo que la calidad del producto sería inferior a la amazónica. Pero no solamente dieron látex de calidad superior, sino que los británicos tenían un costo mucho menor de producción en Asia. Así que, cuando los gobiernos y empresarios sudamericanos finalmente entendieron lo que estaba sucediendo, el destino de la exportación de goma amazónica estaba sellado y la crisis de la industria era ya irreparable.<sup>12</sup>

Esa es la historia a grandes rasgos. No obstante, revisando la literatura del período, podemos encontrar algunos matices interesantes. Henry Pearson, fundador y editor de la revista *The India Rubber World* («The Exhaustion of Rubber» 1901), publicó un artículo que abogaba por la plantación sistemática de *Hevea* más de diez años antes de que la caída de los precios internacionales se hiciera sentir en la Amazonía. Ese tipo de discusiones jamás lograron repercusión en Bolivia. Brasil fue el único país de la cuenca amazónica que al menos intentó hacer frente a la crisis a su modo, aunque sin éxito.<sup>13</sup> Una vez

---

**11** Aun hoy, muchos autores consideran que la acción de Wickham, que aprovechó una ambigüedad administrativa para exportar 70.000 semillas de hevea al Royal Garden of Kew en Londres, fue el mayor acto de biopiratería del siglo XIX. También es cierto que Wickham lo hizo en 1876, antes de que Bolivia comenzara a explotar sistemáticamente la goma, y es por eso que el destino de la industria tenía fecha de caducidad desde su mismo comienzo (Resor 1977).

**12** Ver Resor 1977, 343-4; Barham, Coomes 1994b; Córdoba 2019.

**13** Así, por ejemplo, sabemos que los brasileños organizaron el primer congreso sobre la producción de caucho en Río de Janeiro en 1911, a fin de discutir la posibilidad

que se generalizó la producción del ‘caucho de plantación’, ‘caucho domesticado’ o ‘caucho cultivado’ –así llamado en contraposición con las plantas silvestres de la cuenca amazónica–, pronto fue evidente que éste era mucho más fácil de controlar, recoger y comercializar que el producto sudamericano. Y ni hablar cuando más tardíamente aparecieron las gomas sintéticas (Bethell 1991, 220-1).

Como en el caso de otras economías extractivas basadas en la plata, el cobre o el oro, que asimismo levantaron poblados e incluso ciudades al ritmo de su desarrollo vertiginoso, cuando caen los precios de los mercados internacionales por la aparición de una competencia más eficaz y rentable la repercusión a nivel social es realmente devastadora. Algunas cifras nos ayudan a comprender este proceso. En 1905 se exportó el primer cargamento de caucho malayo por 170.000 kilos a un precio de 1,50 peso por libra,<sup>14</sup> mientras que, en el mismo momento, en la Amazonía se pagaban 3 pesos por la misma cantidad (San Román 1994, 143). Si para 1910 Brasil todavía satisfacía por sí solo la mitad de la demanda internacional de goma, para 1918 las plantaciones asiáticas producían más del 80% del total de la goma vendida (Davis 2014, XII; Bethell 1991, 220-1). En 1900, la cuenca del Amazonas produjo 44.000 toneladas de caucho mientras que el Oriente asiático apenas produjo 50 toneladas, pero para 1913 Sudamérica exportaba 36.000 toneladas mientras que las plantaciones asiáticas producían 53.000. En la década de 1930, por fin, el triunfo de la goma asiática se vuelve irreversible y las 14.000 toneladas amazónicas palidecen ante las 800.000 toneladas asiáticas (Fifer 1972, 219).

Así como la Ópera de Manaus, el Teatro de Belém do Pará en Brasil o, a nivel local, el hospital con luz eléctrica de Cachuela Esperanza eran símbolos palpables del progreso cauchero, en septiembre de 1912 se esperaba que la inauguración del ferrocarril Madeira-Mamoré fuera un motor del proyecto civilizador. Pero en realidad ese ferrocarril terminó siendo un monumento a la caída de la industria. Este tren tan esperado, tantas veces proyectado, concesionado por el gobierno de Brasil y efectivizado en el tratado de armisticio de la guerra del Acre, y para el que habían trabajado tanto el coronel Church como también Dana Merrill, se inaugura oficialmente con una agenda de tres salidas semanales en cada sentido, en lo que parecía un sueño hecho realidad. Pero para noviembre de 1913, un año y dos

---

de crear plantaciones de goma. Y, al año siguiente, el gobierno emitió un decreto con un plan para inaugurar tres plantaciones experimentales con maquinaria y equipamiento libres de impuestos, ferrocarriles, etc. Pero, apenas diecisiete meses después, el plan fue abandonado (Weinstein 1983, 228-9; Resor 1977, 341-2, 354-5; San Román 1994, 143-4).

**14** Hasta la decimalización en 1971, la libra se dividía en 20 chelines y cada chelín en 12 peniques, haciendo un total de 240 peniques por libra [Nota de la editora en castellano].



**Figura 6** Ingenieros trabajando en el ferrocarril Madeira-Mamoré. 1878.  
Fuente: colección Dana Merrill, Biblioteca Nacional Digital de Brasil

meses después, el mismo ferrocarril ya hacía solamente un viaje por semana. La máquina del progreso había llegado demasiado tarde (Fifer 1972; Weinstein 1983).

Lo cierto es que, por diversas razones concurrentes de índole política, social y económica, Bolivia poco pudo hacer para frenar la debacle gomera. Quizá influyeron las fronteras volátiles de una zona jamás considerada seriamente hasta que comenzó a generar riqueza, los conflictos fronterizos en una región en la que el Estado apenas sostenía una presencia simbólica, las luchas internas de poder o hasta las propias dificultades logísticas que imponía la geografía: toda una serie de circunstancias conspiró para volver poco menos que utópica la idea de una infraestructura moderna que posibilitara la salida fluida del producto al mercado internacional (Villar 2020). Por si fuera poco, Bolivia estaba en una posición mucho más complicada que otros países amazónicos ya que carecía de una salida directa al mar. Se sumaba, finalmente, el encuadre interno de la Amazonía como ‘tierra de nadie’ abierta al talento y la oportunidad dada la ausencia de controles estatales. Nada más apropiado, entonces, que cerrar el retrato de esta decadencia anunciada con la sentencia lacónica del cauchero suizo Franz Ritz ([1934] 2015, 72): «No en vano en esos tiempos se decía popularmente: ‘Bolivia es el país de los inconvenientes’».



**Figura 7** Trabajadores del ferrocarril Madeira-Mamoré. 1909.  
Fuente: colección Dana Merrill, Biblioteca Nacional Digital de Brasil



**Figura 8** *Dos balsas en el río Beni, 1927.*  
Fuente: colección Richard Wegner, Deutsche Fotothek, Dresde



## 2 **Voces femeninas del mundo cauchero**

**Índice** 2.1 El silencio de las fuentes. – 2.2 Picadoras, trabajadoras e indias horizontales. – 2.3 Uniones sin papeles. – 2.4 Hijos de la selva. – 2.5 Guías en las exploraciones. – 2.6 Sobre la violencia cotidiana.

### **2.1 El silencio de las fuentes**

En la reconstrucción histórica de las luces y sombras del período gomero percibimos una constante significativa. Con grados variables de nitidez, la imaginería cauchera traza la imagen de un paisaje selvático y una industria construidas a partir de una mirada hipermasculinizada. El universo del caucho, en efecto, parece ser un mundo exclusivo de hombres. Poco o nada sabemos de las mujeres criollas, europeas o indígenas involucradas de una u otra forma en la maquinaria cauchera: desde las picadoras que extraen la materia prima en la selva profunda hasta las propias compañeras de los caucheros, o bien la dama europea que dirige la barraca y organiza eventos sociales en los clubes del norte boliviano. En efecto, en la percepción canónica de la historia gomera la mujer está representada como un actor menor, transparente, casi invisible, olvidado, relegado o en todo



**Figura 9** Emilia Bickel de Hecker sobre bolachas de goma en una barraca. Principio siglo XX. Álbum n.º 9. Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

caso mencionado de forma lateral, oblicua o indirecta. La misma percepción encuadra las fotografías e imágenes de la gesta extractiva: ocultas, a lo lejos, sin nombre propio y a veces hasta sin rostro, las mujeres de la goma elástica pasan casi desapercibidas para la historia de la región, oscilando entre el anonimato y la participación menor como actrices de reparto.

Un testigo confiable como el viajero italiano Luigi Balzan, que recorre la región amazónica boliviana entre 1892 y 1894 e incluso publica varios escritos científicos al respecto en el *Boletín de la Sociedad Geográfica Italiana*, anota:

Los habitantes civilizados de Reyes son generalmente ociosos. Los hombres, o son gomeros que vienen por algún negocio y pasan el tiempo en dar vueltas de casa en casa a menudo emborrachándose; o están establecidos en el pueblo como estancieros y entonces se abandonan completamente al ocio, al aguardiente, al juego y hasta las peleas de gallos. *Las mujeres, en general, se dedican al pequeño comercio, venden azúcar, manteca, alguna vez pan y velas que fabrican ellas mismas sumergiendo varias veces en el cebo la mecha de algodón.* (Balzan [1885-1893] 2008, 173; énfasis añadido)

El testimonio no sólo destaca la presencia de las mujeres sino que intuye su magnitud demográfica. Sin embargo, más adelante, agrega que esta participación femenina en la industria es de un orden diferente: «Al citar las barracas, di siempre el número de hombres que trabajan en las estradas; sin embargo, para calcular aproximadamente la población, es necesario duplicar este número para incluir las mujeres, los empleados, etc.» (219). O sea que, incluso para un observador lúcido como el naturalista italiano, que discierne el papel de las mujeres, los hombres se contabilizan -porque son protagonistas palpables, mensurables, al fin y al cabo esenciales-, pero a las mujeres, como a los empleados anónimos, basta con deducirlas.

Más allá de como quiera interpretarse, esta pequeña muestra que nos ofrece la anécdota de Balzan nos sugiere que es preciso refinar la reconstrucción del entramado sociológico de la industria cauchera. Es indudable que, mientras crece la industria del caucho, entran en escena nuevos actores sociales. En primer lugar, surgen grandes empresas comerciales dedicadas a la importación y exportación de la goma, como la Casa Suárez, Vaca Díez, Braillard & Co., Roca o Velasco & Henicke. Estas firmas desempeñan el mismo papel regional que las casas *aviadoras* de Brasil: adelantan mercadería o dinero en efectivo a los productores a cambio de un compromiso de provisión de goma elástica. En segundo lugar, encontramos a los pequeños patronos, que cuentan con sus propias barracas y personal pero no disponen de capital propio, por lo cual deben recurrir al mismo sistema de 'habilito' que los trabajadores rasos. En tercer lugar tenemos a los llamados 'fregueses', que no tienen tierra ni capital pero sí algún personal a cargo, como por ejemplo los inquilinos de barracas pertenecientes a terceros, y que participan igualmente del sistema de adelanto de mercaderías por goma. Finalmente están los peones contratados, que trabajan para un patrón por un sueldo fijo, o bien los sirangueros que lo hacen para saldar la deuda contraída en mercaderías (Stoian 2005; Vallvé 2010).

De esta manera, se conforma progresivamente una fuerza de trabajo cada vez más heterogénea, compuesta por población mestiza, por migrantes nacionales y hasta extranjeros, pero también, cada vez más, por poblaciones indígenas: cavineños, araonas, caripunas,

trinitarios, mojeños, baures, movimas, entre otros. Pese a lo que suele creerse, las relaciones entre caucheros e indígenas no fueron siempre iguales, ni todos los grupos étnicos reaccionaron de la misma manera ante el avance colonizador (Córdoba 2012; Guiteras Mombiola, Córdoba 2021). Hubo grupos que se comprometieron activamente con la industria, como arañas, baures, trinitarios o cavineños; otros grupos que tan sólo fueron proveedores más o menos ocasionales de alimentos para las barracas, como los chacobos, y aquellos otros, como los pacaguaras y los caripunás, que oscilaron entre el comercio y el conflicto abierto con el frente extractivo.<sup>1</sup> Pero, más allá de la eventual estrategia de cada parcialidad, lo cierto es que la industria gomera se apoyó en una demanda cada vez más significativa de mano de obra nativa, y la crónica del explorador sueco Erland Nordenskiöld lo ilustra de forma directa y casi impiadosa:

En Benjamín me preguntan si hay muchos muchachos entre los chácobo. Estimado lector, ¿sabe usted lo que quiere decir eso? “¿Se justifica ir hasta allí y robar esos niños para educarlos como peones?” [...] La presa de los saqueadores son los niños. Cualquiera que conozca los bosques de caucho puede confirmar que esto es cierto. Yo mismo he conocido un hombre bastante agradable y apacible que ganaba su buen dinero con este tipo de caza [...] Justificaba su comportamiento en que esos indios de la selva no eran cristianos como él. Otro blanco que conoce muy bien los bosques de caucho, una vez, al tiempo que condenaba estas infamias, me dijo encogiendo los hombros: “*Sin indios no hay industria del caucho*”. (Nordenskiöld [1922] 2003, 124; énfasis añadido)

La observación del sueco refleja la voracidad de la maquinaria extractiva que, en una región de difícil acceso, requiere la afluencia y la fijación cada vez más importantes de una fuerza de trabajo que resulta imprescindible para explotar las estradas cotidianamente rayando la goma, pero también para regentear las barracas, para transportar la mercadería y el producto a remo a través de los ríos y las cachuelas, y hasta para intercambiar mercaderías por cultivos con las poblaciones nativas a fin de sostener en el terreno a los trabajadores.

<sup>1</sup> Para comprobar la variedad de este abanico de respuestas, ver Córdoba 2015a.

## 2.2 Picadoras, trabajadoras e indias horizontales

La contribución criolla e indígena a la industria gomera boliviana está relativamente bien documentada en una serie considerable de estudios contemporáneos.<sup>2</sup> Sin embargo, la mayoría de las veces persiste el sesgo particular que aquí procuramos analizar. En efecto, se trate de relatos de viajeros, exploradores, militares, naturalistas, industriales, políticos o hasta los propios misioneros que recorrieron y trazaron la geografía de la región, las fuentes nos presentan un escenario social en el que la mujer no aparece o es presentada de forma lateral. Una cita del relato de viaje del ingeniero americano Neville Craig nos alerta sobre los matices en esas ausencias:

Sabíamos que Arauz tenía a su mujer en Caldeirao do Inferno, porque la mano de ella era evidente en los pequeños detalles de nuestra estadía; *pero nunca la vimos*. La esposa de Mercado estaba con él en San Antonio, donde construyó una casa. La esposa de Oyola estaba ausente en un viaje largo y tedioso para visitar amigos y *consequir peones*. (Craig 1907, 252; énfasis añadido)

De forma similar, el testimonio del médico boliviano Elías Sagárnaga ofrece una visión parcial del funcionamiento cotidiano de la maquinaria gomera:

En Rurrenabaque volvimos a palpar la esclavitud, bajo una forma original, como decía el ministro señor Montes, *la del crédito, comprendiendo a mujeres y peones, a quienes los barraqueros les dan cuanto piden en mercaderías y a precios increíbles*, disponiendo de esa manera de su vida y de su persona a su antojo, no pudiendo ellos fugarse, porque se les persigue y cuando son hallados, los gastos ocasionados por la persecución redoblan la cuenta, a más de ser horribilmente flagelados. Se conforman pues esos pobres seres en trabajar toda su vida al lado del amo, cancelándose sus cuentas solo con la muerte. (Sagárnaga 1909, 39; énfasis añadido)

Se trate de picadoras, lavanderas, hilanderas, parteras, aguateras o cocineras, la mayoría de los testimonios en los que asoma la figura de la mujer cauchera suele escatimar los detalles sobre su identidad personal y, a excepción de unos pocos casos, el rasgo más llamativo de su caracterización es el anonimato completo. A lo sumo, como puede comprobarse en el relato de Craig, las mujeres son referidas

<sup>2</sup> Ver, por ejemplo, Vallvé 2010; Van Valen 2013; Córdoba 2015b; Guiteras Mombiola, Córdoba 2021.

fundamentalmente como 'esposas de' Fulano o Mengano. El escritor Juan Bautista Coímbra ([1946] 2016, 138) describe de forma pintoresca a estas mujeres anónimas:

Las mujeres, casi desnudas, diariamente lavadas, el pelo aceitado y aromado con balsamina y esencias del monte, crecían robustas y esquivas, rematadamente montaraces. Trabajaban en todo y no temían a nada. Agarraban los sapos de una pata y aplastaban con el talón a las tarántulas.

Delante de las barracas, agrega Franz Ritz, las mujeres de los sirin-gueros solían cocinar en cuclillas al aire libre alrededor del fuego, con sus niños más pequeños en la espalda o bien en el pecho. Por su parte, las lavanderas se reunían agachadas en el río con el agua hasta la cintura para hacer la 'gran colada', rodeadas por las prendas lavadas que ponían a secar en el suelo y los arbustos cercanos:

Como es usual entre las lavanderas, también las representantes cobrizas del gremio charlaban y reían animadamente. Por debajo de las pestañas negras disparaban miradas furtivas a nosotros, los recién llegados. Nos acercamos a las mujeres. Inmediatamente se cubrían el torso desnudo, lo que no habían hecho antes cuando pasaron otros indígenas o también un empleado blanco de mayor edad. En la tarde nos presentaron a la mujer de un *mayordomo*. La dama de piel roja nos recibió con mucha amabilidad. Una vez que se había puesto rápidamente un bello *tipoy* (vestido similar a una camisa), nos ofreció una taza de café. Con mucho alboroto se correteaba a niños, perros, gallinas y un joven chanco de monte fuera del pequeño "salón". (Ritz [1934] 2015, 82-3)

A la hora de describir la existencia de las mujeres caucheras, podríamos por fin incluir la categoría específica de las prostitutas, que no siempre son mencionadas en los documentos. El mismo Ritz recuerda en su diario que en Belém do Pará abundaban las 'amigas':

Pero uno las consigue igualmente sin necesidad de guía, ya que se ofrecen sobradamente por sí mismas. Las más graciosas son los ejemplares negros que se echan polvos de tocador blanco y adquieren así un color ceniciento. Se visten bastante bien y a menudo con elegancia, en la cual los marcados encajes quebrados tienen un gran papel. En el pelo lanoso por encima de las orejas y en los exuberantes pechos se ponen una orquídea u otra flor, de ser posible blanca o roja. Los colores de los vestidos raras veces son subidos de tono. Prefieren colores intermedios como rosa, verde claro, violeta y celeste. Todo este colorido compone un lindo paisaje urbano. (50-1)



**Figura 10** *Seringueiro y su mujer cerca de la casa, noviembre 1938.*  
Fuente: colección Jehan Vellard, Universidad Austral, Buenos Aires

Sin destacar tanto como en los grandes emporios gomeros como Pará o Manaos –donde abundaban las coristas polacas judías, los burdeles flotantes, las tinas llenas de champagne y el pago en libras esterlinas, oro y diamantes–, las meretrices bolivianas son llamadas ‘indias horizontales’ por el viajero español Ciro Bayo, que observa que adornan los collares con las libras esterlinas que reciben de los clientes:

Las únicas esterlinas que aquí se ven las llevan algunas indias horizontales en sus collarettes, lo que no significa abundancia del rico metal, sino que éste es tan caro que se lo emplea como adorno y dádiva de amante.<sup>3</sup> (Bayo 1911, 281; cf. Woodroffe 1914, 15)

De esta manera, cuando releemos con atención las fuentes podemos vislumbrar casi al fondo del escenario, retratadas de forma oblicua, lateral, a veces descuidada, a toda una gama de mujeres

**3** Aunque no asocia directamente el hecho con la prostitución, Feichtner describe los mismos adornos femeninos en un carnaval selvático de 1899: «Todos con trajes muy blancos, y las mujeres de ascendencia española, mestizas e indígenas con sus respectivos trajes. Algunas de las indígenas llevaban un collar de libras inglesas engarzadas alternativamente con auténticas perlas de oro» ([1897-1915] 2013, 43).



**Figura 11** Mujeres acarreado agua, Misión Cavinás, 1914. Fuente: colección N. Erland Nordenskiöld, Staatliche Museen zu Berlin / Ethnologisches Museum, Berlín

que participan del esfuerzo extractivo como picadoras que acompañan a sus parejas a la selva para recolectar el látex, o con mayor frecuencia oficinan de vendedoras, tejedoras, cocineras, lavanderas o personal doméstico que cuida los ‘pequeños detalles’ de la domesticidad de las barracas -lo cual en definitiva parece más previsible-, o hasta vendiendo su cuerpo; pero también, como advertimos en el reporte de Craig, encargándose eventualmente de un proceso tan esencial como el reclutamiento de la mano de obra. Como veremos, todas estas mujeres no eran ajenas a la lógica extractivista que moldeaba la experiencia gomera en las barracas y





**Figura 12** India hilando. 1908-11. Foto: Emil Bauler.  
Fuente: archivo privado Wolfgang Wiggers, Ottersberg

eran pocas, de hecho, las que lograban eludir el penoso ‘encuentamiento’ que solía condenar a los trabajadores nativos y extranjeros a una deuda casi endémica.

### 2.3 Uniones sin papeles

En las barracas amazónicas, la mayoría de las mujeres son criollas, mestizas o indígenas. Emulando a San Jerónimo, Ciro Bayo las llama ‘esposas sin boda’ y, en efecto, en las crónicas de la época aparecen calificadas como ‘amantes’, ‘mancebas’, ‘queridas’, *bushwives* (esposas de monte) y hasta ‘odaliscas del barraquero’:

La población del Madre de Dios no pasa de 2.500 almas, incluyendo los salvajes reducidos [...] El hogar propiamente cristiano no existe, y el sentimiento de moralidad está casi perdido entre la gente común. La mujer está en la degradación pagana. Suelen traerlas de los pueblos de Santa Cruz y Mojos y distribuirlas a los peones que no las tienen, como cualquier mercadería. Algunas mujeres salvajes recientemente traídas de sus aduares han merecido también esta *honrosa distinción*. (Paz 1895, 57; énfasis en el original)

Como para no dudar de la representatividad de este tipo de informaciones, el coronel británico Percy Fawcett nos ofrece otro testimonio notable:

El administrador de la barraca Santa Rosa era un francés, de buena familia, que se consolaba de la monotonía de la vida con su harén de cuatro hermosas indias [...] nos detuvimos en la barraca de un indio tumupasa llamado Medina, que había hecho fortuna con el caucho. En este lugar inmundo, Medina tenía una hija que era una de las indias rubias más hermosas que he visto: alta, de rasgos delicados, pequeñas manos y cabello rubio y sedoso. Suficientemente hermosa como para adornar una corte real, esa niña espléndida estaba destinada al harén del administrador de Santa Rosa, languideciendo como quinto miembro del serrallo del emprendedor francés. (Fawcett 1954, 135)

Para completar el cuadro, Ciro Bayo (1927, 301) rememora el ‘harén’ de su empleador, el célebre cauchero Nicanor Salvatierra, quien al parecer tenía tantas amantes como doncellas hermosas criadas en su barraca, repleta de mujeres indígenas que picaban la goma: «Toda niña araña núbil y hermosa pertenecía, por derecho de pñada, al señor de la barraca».<sup>4</sup> Encargado en la barraca San Pablo de llevar la contabilidad de las bolachas que se exportaban a Pará y a la vez oficiando de jefe de policía y juez de paz de la colonia, Bayo toma notas sobre la vida cauchera y refiere asimismo que Salvatierra jamás tomaba a las hijas de los colonos cruceños sino sólo a las muchachas indígenas. Describe a Salvatierra como un hombre gentil, amable y de buen trato con los peones, salvo cuando surgían problemas con alguna de sus concubinas: si alguna sufría abuso (de otros) de cualquier tipo, el culpable era puesto en el cepo y azotado.

En ocasiones, algunas indígenas hasta lograban abandonar la propia selva. Desde 1893 hasta 1902, el explorador francés Eugène Robuchon recorre el Madre de Dios y toma una esposa cavineña en

<sup>4</sup> Es posible rastrear casos similares en el Putumayo peruano, como en el relato del comerciante británico Joseph Woodroffe, que evoca una habitación llamada ‘El Convento’ en la cual dormían únicamente las concubinas de los trabajadores gomeros: «Naturalmente, estos arreglos rara vez se basan sobre un auténtico afecto mutuo ni buscan una domesticidad genuina. Muy raramente se consulta a la mujer por sus deseos, y se le ordena ir a las instalaciones del hombre que tiene permiso para tomarla. Se desprende fácilmente de ello que la joven indígena, si comete alguna falta, tenga poco respeto por su amo, pero un miedo muy real por su látigo» (Woodroffe 1914, 137-8). El tristemente célebre cónsul Roger Casement reporta asimismo la historia de un capataz en La Chorrera: «Le dieron nueve mujeres diferentes como ‘esposas’ en momentos diferentes en las varias estaciones en las que sirvió. Cuando un empleado ‘casado’ de esta manera dejaba la estación en la que trabajaba para ser transferido a otro distrito, a veces se le permitía llevar a su esposa india, pero a menudo no» (Informe de Roger Casement del 31 de enero de 1911, cit. en *Libro Azul Británico* 2011, 60).

el río Inambari: María Margarita Hortensia Guamiri. La elección de la muchacha parece tener eco en criterios sociales muy difundidos en esa época, que distinguían a los pueblos indígenas según su procedencia étnica y los jerarquizaban en categorías más o menos aceptables para integrarse a la vida 'civilizada' (Córdoba 2015b, 194-6).<sup>5</sup> Una serie de informes describe el bautismo, la comunión y el posterior traslado a Poitiers de la exótica esposa, así como también las referencias al matrimonio en la prensa francesa que cubría las conferencias científicas del viajero:

Hay que escuchar a nuestro explorador mismo contar cómo, cuando descendía el curso de uno de los afluentes del río Amazonas, percibió una joven de la antigua raza americana que parecía buscar refugio; cómo le dirigió la palabra en la lengua de los salvajes, cómo le ofreció protegerla y ayudarla a encontrar a su familia y su tribu [...] Ella se mostró tan inteligente y dedicada que *monsieur Robuchon* no dudó en hacerla su compañera para el resto de su vida y se casó con ella [...] Ella nos ha parecido grande y fuerte; no está desprovista de gracia en su traje todo europeo y, si bien sus rasgos difieren un poco de la raza caucásica, su figura no carece de encanto y respira bondad. La tribu cahivas [cavinans], a la cual pertenece, es conocida por la dulzura de sus costumbres y carácter.<sup>6</sup> (Robuchon [1907] 2010, 32-3)

No es tan distinto lo que refiere Percy Fawcett (1954, 94) cuando describe la historia de un comerciante alemán que protagoniza una suerte de Pírgamo amazónico:

El propietario de un floreciente negocio en Riberalta, un alemán, adquirió una joven salvaje, la educó en Alemania y se casó con ella. Varias veces tomé el té con ellos y no sólo la encontré encantadora, sino también de muy buenos modales. Hablaba cuatro idiomas, se había adaptado perfectamente a su posición y era madre de una familia agradabilísima.

El mismo caso mereció la atención de Ciro Bayo (1911, 317; énfasis añadido):

<sup>5</sup> En el mismo sentido podemos entender las descripciones maravilladas de las indígenas baures (llamadas «modelos de estatuas de terracota flexible») que proporciona Marius del Castillo (1929, 177): «Son más felices: nunca falta un 'gringo' que las rescate y las trate bien; casi todos los extranjeros que viven en las regiones del norte y noroeste de Bolivia, [las] tienen por 'compañeras'».

<sup>6</sup> Para una historia más completa de María Margarita Hortensia Guamiri, ver la introducción de Juan Álvaro Echeverri a la crónica amazónica de Robuchon ([1907] 2010). Robuchon desaparecería en circunstancias pocas claras en 1896, mientras trabajaba para el famoso barón cauchero Julio César Arana.



**Figura 13** Mujeres de la región de la bahía del río Madeira. 1908-11. Foto: Emil Bauler.  
Fuente: archivo privado Wolfgang Wiggers, Ottersberg

El tipo araona es agraciado, de esbeltas formas y cutis bastante limpio. Las doncellas, sobre todo, son muy apetitosas. Vestidas a la europea, en nada desmerecen de las cruceñas, en concepto de algunos aficionados del Beni. *En las barracas son las odaliscas del barraquero; en Riberalta he visto más de una mujer araona casada canónicamente y convertida en excelente ama de su casa.* Un comerciante alemán había llevado una de estas indias a Europa, la hizo educar en un colegio, casó después con ella y puedo asegurar que por su educación y cultura es toda una señora, de las más señoras que conocí en el Beni.

Sin embargo, todo indica que estos casos de integración eran excepcionales. Otros testigos registran con mayor detalle la coexistencia cotidiana con las indígenas barraqueras. Una de las mejores fuentes disponibles al respecto es sin dudas el libro del cauchero suizo Ernst Leutenegger. Como muchos otros jóvenes extranjeros, con apenas veinte años y un contrato para trabajar en la compañía Suárez Hermanos de Cachuela Esperanza el joven suizo se embarca en El Havre en busca de aventuras: trabaja seis o siete años en Bolivia, regresa a Europa y se casa en 1914 con Esperanza, la hija de su empleador, el famoso barón gomero Nicolás Suárez (Córdoba 2015a). Su libro de



**Figura 14** *Indias baures. 1900.*  
Fuente: Historische Fotos  
aus Bolivien, Instituto  
Iberoamericano, Berlín

memorias solamente abarca las impresiones de sus primeros años en Bolivia pero tiene un valor excepcional porque, además de poner en escena una observación casi etnográfica, es una de las pocas crónicas que registra los nombres y apellidos de los trabajadores barraqueros. Reporta por ejemplo que Alfredo Ulmer, uno de los administradores de Cachuela Esperanza –quien de hecho lo había reclutado en Europa para trabajar en el caucho–, convivía

con una indígena alta y guapa que había hecho traer del río Iténez. Se llamaba Espíritu y, como amante del jefe, reinaba de manera absoluta sobre la población de Cachuela Esperanza. Los europeos se sacaban el sombrero delante de ella y sonreían con sumisión. Reinaba en Cachuela como Madame de Pompadour lo hizo en la corte francesa. (Leutenegger [1940] 2015, 240-1)

Pero no sólo eso. Leutenegger no tiene reparos en describir su propia y accidentada historia de amor con una trabajadora indígena:

Mi lavandera se llamaba Rosalía. Lavaba bien la ropa y nunca exigía demasiado de mí. Era alta y esbelta. Años antes, su marido la había golpeado así que ya no tenía dientes delanteros. No sólo lavaba



**Figura 15** *Mujer baure*. 1909. Fuente: colección N. Erland Nordenskiöld, Staatliche Museen zu Berlin, Ethnologisches Museum, Berlin

mi ropa sino que yo también la cortejaba [...] Un día Rosalía lloraba tanto que me partía el corazón. Le pregunté el motivo y dijo que la mandarían como cocinera a Villa Bella. Monté en cólera; un cuarto de hora después hablé con mi jefe y, al día siguiente, me transfirieron las deudas de Rosalía: ahora ella era libre y me pertenecía. (241)

Cuando el suizo es destinado como administrador a la barraca Almendros, en el río Geneshuaya, lo acompaña Rosalía. Pero las cosas

no terminan bien cuando ella se toma atribuciones que Leutenegger juzga excesivas al comportarse como ‘patrona’ o ‘mujer del patrón’:

No es que ella hubiera cambiado el sencillo *tipoy* (túnica) de las indígenas por la blusa y la falda, como hacían muchas indígenas cuando vivían con un europeo [...] Un cierto grado de tolerancia por mi parte tuvo un efecto pernicioso, y cuando un día un criado me llevó la contraria con la respuesta: “La patrona doña Rosalía ordenó otra cosa”, pronuncié mi primera amonestación seria. Rosalía supo escurrir el bulto algunas semanas hasta una segunda y última amonestación, que incluyó la instrucción de empaquetar sus cuatro cosas y prepararse para el primer vapor que apareciera y la llevara de regreso a Cachuela Esperanza. (310)

En el ocaso del romance, Rosalía contrata los servicios de una bruja para propiciar el retorno del amor del suizo, y el hechizo es descubierto debajo de la almohada del destinatario nada menos que por unas hormigas voraces que encuentran

un atado de cabello negro, paja de arroz, dientes de caballo, un escarabajo, todo envuelto en papel con cuatro bolsitas de sal, arcilla roja, una rana muerta, uñas cortadas, granos de café y un ala seca de murciélago. (312)

Llorando desconsoladamente, Rosalía reconoce su responsabilidad, pero de todos modos es enviada a trabajar como cocinera en Cachuela Esperanza.

## 2.4 Hijos de la selva

Cuando Leutenegger llega a la barraca Almendros convive por un tiempo con el administrador saliente, el alemán Juan Calzow, quien según los directivos en la sede de la empresa estaba ‘perdido’: «Ya no se siente a gusto entre los europeos, no quiere regresar a la civilización: se ha vuelto un nativo» (Leutenegger [1940] 2015, 262). Al repasar las deudas de cada trabajador de la barraca, Leutenegger se encuentra con Luisa Yanamo, una mulata de tez oscura, hija de padre negro y madre indígena, que era la pareja de Calzow. El alemán no da rodeos: «Deje que se vaya, es mi mujer o cocinera o lo que usted quiera» (283). Sin embargo, cuando llega el momento de la partida de Calzow a la ciudad, Luisa no parte: Calzow salda su deuda con la empresa para que ella sea libre de irse o quedarse, pero finalmente sólo lleva consigo a su hijo, Juancho, al que ella despidió entre lágrimas. Luisa decide permanecer en la barraca trabajando como cocinera y, al poco tiempo, contrae nuevas deudas. El nuevo administrador resuelve el problema casándola con un

joven indígena muy trabajador, que se hace cargo de la deuda: «De modo que ella nuevamente era libre y sólo tenía que ayudar gratuitamente en la siembra, en la cosecha y la gran limpieza de la barraca» (283).

Hans Hauschild era otro trabajador alemán que se desempeñaba como almacenero en jefe de Cachuela Esperanza y era muy estimado por su carácter alegre y jovial. Sin embargo, tuvo la desgracia de caer bajo los hechizos de Espíritu, la mujer de Ulmer, quien en una fiesta los sorprendió *in fraganti*: el desliz le valió a Hauschild la rescisión del contrato antes de tiempo y el regreso a Alemania sin boleto pago. Al parecer Hauschild también tenía una mujer indígena en la sede comercial, la pequeña Melchora, con quien tenía un hijo de dos meses. Al despedirse en el puerto con Melchora llorando su partida imprevista, el alemán toma un puñado de libras de oro de su bolsillo y se lo entrega a Leutenegger (260): «Tome, ayude un poco a la chica y, si el niño muere de la fiebre, escríbame a Hamburgo». El pequeño, efectivamente, murió a los dos años de edad.

Los casos referidos nos obligan a reflexionar sobre el destino de los hijos que muchas veces producen las uniones de caucheros y mujeres locales en los confines de la selva, sea en las barracas o bien en los poblados periféricos. A primera vista, lo que se advierte en los archivos parroquiales es la previsible diferencia que suele marcar el sacerdote que celebra y registra el bautismo: además de anotar el nombre y el apellido, la residencia y fecha de nacimiento de cada criatura, consigna si se trata de un 'hijo legítimo' (aquel reconocido por un padre que le da el apellido)<sup>7</sup> o si se trata de un 'hijo natural' (por lo general inscripto en soledad por la madre).<sup>8</sup> Pero, más allá de esta distinción oficial -al fin y al cabo esperable en una sociedad católica de fines de siglo XIX-, observamos que la eventual residencia junto a los padres es el factor que por lo general termina pesando para definir la identidad étnica del niño. Nuevamente recurrimos a los casos citados por Leutenegger, quien nos ofrece dos ejemplos representativos de la diversidad de las trayectorias y posibilidades. En el primer caso tenemos al alemán Hans Calzow quien, a pesar del llanto de la madre nativa, resuelve llevarse

**7** Por ejemplo: «N.º 2. En el año del Señor mil ochocientos noventa y siete, a los cinco días de febrero, bauticé a Lorenzo Beyuma, de dos años de edad, hijo legítimo de Víctor Beyuma e Isidora Zepa. Para que conste firmo: Fr. Henri Philippe» (Vicariato Apostólico de Pando 1894-1916, 2).

**8** Por ejemplo: «N.º 65. En Ibon del río Beni, ante el altar portátil, el 17 de septiembre de 1915, yo el infrascripto sacerdote de la Compañía de Jesús, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a una niña nacida en este dicho lugar, el año mil novecientos once, cuyo mes y día se ignora, a quien di el nombre de Petronila, hija natural de María Jesús N. (1) y de padre desconocido. Fue su madrina Hortensia Graverol de Suárez a quien advertí el parentesco espiritual y la obligación de enseñar la doctrina cristiana que contrajo. Certifica: Simón García Sanz (1) No hubo modo de averiguar el apellido de la madre» (Vicariato Apostólico de Pando 1915-18, 19).





**Figura 16** *Niños cavinas*. 1914. Fuente: colección N. Erland Nordenskiöld, Staatliche Museen zu Berlin, Ethnologisches Museum, Berlín

al niño a Europa. El segundo caso es el de otro trabajador alemán, Hans Hauschild, quien, cuando debe regresar a Europa, opta por dejar atrás tanto a su concubina Melchora como asimismo al pequeño que ha tenido con ella.

Los archivos documentales contienen otros casos de nacimientos de hijos de ‘matrimonios sin papeles’. Así, Franz Ritz tiene un hijo con una pobladora de Ixiamas que es criado por su familia materna en dicha localidad sin más contacto ulterior con su padre o siquiera conocer la lengua paterna. En el caso inverso, sabemos que un



**Figura 17** *Indias tacanas, Beni, Bolivia.* Sin fecha. Postal. Sobre n.º 1.  
Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

colega de Leutenegger en la Casa Suárez, el alemán Eugen Gomringer, también tiene un hijo con una pobladora de la región y se lleva al niño para criarlo en Alemania, dándole la ciudadanía e incluso un futuro como afamado poeta (Córdoba 2015a, 27-41).

Por último, sin provocar ningún dilema étnico, tenemos a los hijos nacidos de progenitores nativos en las barracas. Leutenegger consigna las penurias de las concubinas Luisa, Melchora y Rosalía, madres de hijos reconocidos por caucheros extranjeros. Pero también reporta en un pasaje el caso de Heremegilda, mujer de Deudato Duri, un indígena que trabajaba bajo las órdenes del suizo en la barraca Almendros. Heremegilda ayudaba a su marido a picar goma, y ambos marchaban al amanecer hacia las estradas de árboles de goma con un pequeño machete a la cintura. Por la tarde, Heremegilda se encontraba con su marido para transportar los dos baldes de leche que había sacado de sus trescientos metros de árboles y comenzar juntos el proceso de ahumado. Estando embarazada, durante su último mes de gestación, jamás cambió esa rutina hasta un día en que su esposo la vio regresar temprano: «Hoy no he podido traer toda la leche de goma, pero te he traído un hijo; llegó de pronto debajo de un gomero» (Leutenegger [1940] 2015, 304). Asombrado, Leutenegger le pregunta cómo hizo para dar a luz sola en el bosque:



Figura 18 Pacahuaras. Fuente: colección Richard Wegner, Deutsche Fotothek, Dresde

“Con ése ahí [pequeño machete] he dado a luz sola a todos mis hijos. Al Deudato siempre lo mando fuera cuando siento que ha llegado el momento; ¡pues no se necesita un hombre para estas cosas, no se necesita nada más!” A Heremegilda ni se le ocurría venir a la barraca a recuperarse; iba a sus árboles, cargando al recién nacido sobre el pecho en una especie de hamaca, y acarrea la leche de goma de su viaje diario por los malos senderos de la selva, ¡de ocho a diez kilómetros cada día! (304)

Finalmente, la pluma de Ritz también nos ofrece algunas escenas de la vida cotidiana en el matrimonio siringuero y algún dato complementario sobre la crianza de su descendencia:

La vida familiar de los indígenas es muy intensa. El hombre está orgulloso de su mujer y la mujer está orgullosa de su marido. Los niños son educados con el así llamado “cariño animal”, pero se los educa bien. Por la tarde, alrededor de las cinco y media, el hombre regresa a casa del trabajo. El saludo cariñoso entre el marido y la esposa no es habitual. La mujer le descuelga al hombre el fusil, toma el hacha y machete y guarda las herramientas de trabajo en el sitio acostumbrado. Toda la familia va al río a bañarse. (Ritz [1934] 2015, 83)

## 2.5 Guías en las exploraciones

La vertiginosa expansión económica hace que, además de la migración masiva, se produzca una suerte de explosión fundacional de poblados, fortines, misiones, aduanas, barracas y puertos. Paralelamente a la aprobación de las leyes que regulaban la colonización del territorio, se concreta así el proyecto de poblar un espacio casi desconocido, cuyo paso previo había sido una serie de exploraciones, expediciones cartográficas y prospecciones hidrográficas destinadas a describir y conocer lo que hasta entonces era despreciado como un universo inhóspito y salvaje. En este contexto, resultaba vital asimismo mejorar o crear una infraestructura de comunicaciones más moderna y eficiente, con caminos confiables, ferrocarriles y navegación de vapor.<sup>9</sup>

Muchas de las comitivas que buscan documentar el potencial económico de la selva amazónica son seculares, como las de José Manuel Pando, que en 1892 emprende la exploración del río Beni y su confluencia con el Madre de Dios a fin de formar una «colonia industrial» (Pando 1897, 25). También hay expediciones que llevan adelante por su cuenta caucheros como Timoteo Mariaca ([1909] 1987) y Víctor Mercier ([1894] 1981) en busca de nuevas tierras con árboles de goma, cuyos resultados publican detallando las rutas, los peligros y los ríos de la región. Otras expediciones eran emprendidas por religiosos como fray Nicolás Armentia, misionero franciscano del Colegio de Propaganda Fide de La Paz que durante el mismo lapso recorrió exhaustivamente los ríos Beni, Madre de Dios, Orthon, Tahuamanu y Manuripi. Sin dejar de lado la estrategia republicana de demarcación limítrofe, un observador sagaz como el franciscano aprovechaba la oportunidad de obtener información de primera mano sobre la hidrografía, la flora y la fauna locales, y asimismo sobre las diversas tribus indígenas que habitaban la región. Las expediciones de Armentia contaban con el patrocinio económico del gobierno boliviano, así como también con la logística en el terreno prestada por diversos actores caucheros: Antenor Vázquez, los hermanos Suárez, Antonio Vaca Díez, etc. (Villar 2020).

Pero, una vez más, lo que nos interesa rescatar de esas expediciones es el papel de las mujeres en ellas. El primer caso que podríamos mencionar es el relato que publica Timoteo Mariaca al explorar la selva del norte boliviano para la Casa Richter. Mariaca parte de Irupana en compañía de Luis von Atcken, Juan Salvatierra y dieciséis mozos más, y desembarca en San Buenaventura. A primera vista no parece que hubiera mujeres en la expedición; pero, sin embargo, luego de una terrible inundación, Mariaca anota que manda a una

<sup>9</sup> Ver Roca 2001; Córdoba 2015a; Villar 2020.

delegación de cuatro muchachos araonas y dos mujeres cavineñas al Alto Abuná, a fin de contactar a otras tribus indígenas que los pudieran aprovisionar de alimentos (Mariaca [1909] 1987, 12). También consigna que, en la comitiva que parte hacia Acre al mando del coronel brasileño Antonio Labre acompañado por su propio socio Víctor Mercier, además del personal expedicionario marchan como cargadores ayudantes de la tribu Capa, Manuela Quiñay y Juana Bautista Coamiri (20). En noviembre de 1887, asimismo, escribe que, cuando Mercier regresa de Acre tras explorar los afluentes del Abuná, entre su comitiva figuran los acompañantes «Santos Cortez, Anastasio Racua, Epifanio Quino, Gregorio Chapunari, Francisco Dura, Enrique Cano (los dos últimos eran bárbaros) y las mujeres Tomasa Inje, Eloisa Quiñajati, Candelaria Ticatu y María Sava» (23).

Un segundo ejemplo que pone de manifiesto la presencia femenina en las expediciones exploradoras son los prolíferos escritos del mencionado Armentia, quien suele detallar el nombre de sus guías y acompañantes. Armentia recorre durante casi diez años la mayoría de los ríos del norte boliviano dejando trazada gran parte de la hidrografía local y a la vez recopilando valiosa información sobre la lingüística y la cultura de las sociedades indígenas. Así, entre 1881 y 1886, se dedica a recorrer los ríos Madre de Dios, Beni, Orthon, Madidi, Madera y Mamoré, mientras diversas instituciones y conocidos financian la publicación de sus hallazgos. En la misión de Cavinatas conoce a otro franciscano, el padre Ciuret, quien le presenta a una indígena pacaguara del Madre de Dios, María Manabi, que tiene parientes en Mamorebey sobre el río Beni, y se ofrece para hacer de intérprete y de guía (Armentia 1883, 20). En su segundo viaje a este poblado, Armentia (40) lleva como guías a Francisco Divico y otra mujer, la pacaguara Arabi, dado que María había muerto de fiebre en la selva. Arabi deja a su hijo de seis años a cargo de Avelina Guardia, la mujer del cauchero Antenor Vázquez, para seguir al fraile en su viaje. En otro pasaje de sus diarios, Armentia anota que utiliza a otra indígena pacaguara llamada Ini, hermana de Arabi, que para entonces también había muerto de malaria en el río Beni. La pobre Ini, como sus antecesoras, estuvo casi al borde de la muerte, pero perdió a un hijito pequeño al regresar a la selva a buscar los manuscritos lingüísticos que Armentia (73) había extraviado en una expedición anterior: «La infeliz lo enterró sola, cavando la tierra con las manos, ayudada de algún palito, pues carecía de todo». Arabi había sido una de las principales informantes a la hora de compilar la información de esos vocabularios, y el religioso consigna que ella lo ayudó a documentar casi doscientas palabras en la lengua pacaguara.

El papel de baqueanos, lenguaraces o guías en las expediciones de las mujeres indígenas no es nuevo, sino que se replica a lo largo de los diferentes viajes y exploraciones que por la misma época



**Figura 19** Emilia Bickel de Hecker. Sin fecha. Álbum n.º 5.  
Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta



**Figura 20** Dana Merrill e indígenas caripunas, Cachuela Tres Hermanos. 1909.  
Fuente: colección Dana Merrill, Biblioteca Nacional Digital de Brasil



**Figura 21** Fábrica de chicha en Baures. 1900.

Fuente: Historische Fotos aus Bolivien, Instituto Iberoamericano, Berlín

recorren otros rincones desconocidos del país.<sup>10</sup> Con la guerra del Acre (1899-1903), llegan por primera vez al Beni y a las crónicas regionales las rabonas acompañando al ejército boliviano. Feichtner escribe en su diario que, a mediados de 1898, llega desde La Paz el primer batallón de infantería en vísperas del conflicto y junto a los soldados observa un séquito de mujeres que eran «verdaderos animales de trabajo» (Feichtner [1897-1915] 2013, 49). Estas mujeres eran encargadas de lavar, remendar y cocinar para los militares, manteniendo siempre en orden las armas y los uniformes, pero no sólo eso, ya que –si hemos de creer las observaciones del alemán– incluso llegaban a aprovisionar a las tropas en pleno combate:

Armaban el campamento y durante las luchas llevaban la munición de reserva hasta la línea de fuego. Conocí un caso en que una de esas rabonas llevó munición hasta su grupo bajo una intensa lluvia de tiros habiendo recibido una medalla por su coraje –y con razón. (49)

**10** Así, por ejemplo, podríamos mencionar a las llamadas ‘rabonas’ de las expediciones colonizadoras al Chaco boreal: pocas veces mencionadas en las crónicas oficiales, estas mujeres eran sin embargo acompañantes invisibles pero indispensables de la tropa, «participan también, al lado de los soldados, en las expediciones militares al Chaco boreal. Ahí, la rabona difiere un poco de su colega peruana: no pelea ni se adelanta a la expedición, recibe paga al menos en algunos casos y, sobre todo, es generalmente esposa o concubina de algún soldado. Pero su trabajo de cocinera, lavandera o enfermera es el mismo, y los mismos también los peligros, las penurias y las fatigas que soportan» (Combès 2020, 148).

## 2.6 Sobre la violencia cotidiana

Más allá de la masculinización narrativa del imaginario gomero, más o menos naturalizada por los testigos de la época, otra de las constantes que atraviesa visiblemente a las fuentes del período es la violencia: una violencia crónica, omnipresente, casi endémica que, como ya hemos comenzado a comprobar en algunos de los testimonios compilados, por lo general termina afectando a las mujeres.

Como en muchas otras regiones de frontera, en la jungla amazónica prevalecía de facto la llamada 'Ley del 44':

La jeringa dominaba corazones y conciencias. Era la impunidad, el libertinaje y la audacia. Ante ella enmudecían los códigos y se doblaban las autoridades, como dominadas por un sortilegio. En ese *far west* de Bolivia –que era el imperio de la goma–, encerrado en el cuadrilátero de aquellas grandes arterias fluviales del Beni, el Madre de Dios, el Acre y el Madera, se ha dicho más de una vez que sólo regía el artículo 44, o sea el calibre de la carabina Winchester. (Coimbra [1946] 2016, 45)

Decir que ese Estado hobbesiano era tan generalizado como aceptado en el universo cauchero no es algo nuevo. Lo que aquí nos interesa, más bien, es explorar cómo afectaba esa violencia a las mujeres caucheras en los diferentes contextos de su existencia. Podríamos comenzar con un caso menor, casi cotidiano, de la vida en las barracas:

Cierto día un indio, que acostumbraba a ser bastante bueno, rompió el brazo de su mujer estando borracho. Envié a la mujer al médico en Riberalta mientras que el bruto llevó 400 latigazos en su trasero. Más tarde ambos se volvieron buenos amigos míos y me hicieron padrino de bautismo de su primogénito. (Feichtner [1897-1915] 2013, 55)

Sin embargo, esta anécdota podría llevar a pensar que se trataba de una eventualidad excepcional, provocada por la borrachera. En realidad, diversos matices de violencia incidieron en las vidas de las indígenas raptadas para conformar la mano de obra barata de la industria, o bien de las mujeres que trabajaban voluntariamente en las barracas o estradas gomeras junto a sus parejas, o también en las de aquellas que, por alguna u otra razón, las recorrían como testigos ocasionales, por no hablar de las mujeres que debían prostituirse para sobrevivir o hasta entregar sus hijos a un destino que desconocían pero que intuían no obstante como más positivo para ellos. En casi todos los casos, estas mujeres componían el eslabón más débil de una cadena de agresiones de los más diversos tipos, y de la cual –como comprobaremos– nadie estaba completamente a salvo más allá



de su edad, clase, nacionalidad o condición étnica. Comencemos repasando un caso comentado por Percy Fawcett (1954, 85):

En 1896, un importante funcionario del gobierno boliviano viajaba por el Beni en compañía de su esposa e hijastra, cuando fue atacado por los guarayos. Huyeron hacia la canoa y, en el pánico, olvidaron a la mujer en el campamento [...] La dama quedó en poder de los salvajes durante años, hasta que fue encontrada accidentalmente por una expedición esclavista. El jefe de ésta la restituyó al marido, junto con cuatro niños semisalvajes, cobrándole 300 libras por el servicio. Mientras tanto, el marido se había casado con la hijastra, y la impresión de volver a ver a su mujer le causó la muerte.

También eran muy frecuentes los 'crímenes pasionales', de los cuales podemos mencionar dos ejemplos. En el primer caso, se trata de un trabajador siringuero que asesina por celos a su mujer, mientras que en el otro es el marido francés quien mata a su esposa y a su patrón, con el cual ella lo engaña. Una vez más, es Leutenegger quien, en su carácter multifacético de patrón, juez, testigo y verdugo de la barraca Almendros, relata el asesinato de la siringuera Juana a manos de su esposo Nicolás García, que en un ataque de celos le disparó a quemarropa acusándola de serle infiel. Se salvó de milagro la hijita de diez meses que Juana tenía en sus brazos –que a la postre sería adoptada por el propio suizo–, mientras que el asesino era apresado y esposado. Leutenegger reporta el suceso a la casa central de la firma, toma numerosos testimonios en la barraca para que los testigos cuenten su versión de los hechos y espera que alguna autoridad llegue a impartir el veredicto. Al mismo tiempo, confiesa que le atrae la idea de ajusticiar personalmente al asesino para no ser percibido como 'débil' por sus trabajadores; pero, siendo extranjero, tampoco termina de decidir cuál sería el mejor camino para hacerlo. Sin embargo, anticipándose a su dilema, el hermano de la víctima deja cerca del asesino un fusil cargado para que éste se suicide, y así lo hace:

De mi informe cuidadosamente redactado, que mencionaba hasta el último de los detalles sobre el asesinato y el suicidio de Nicolás García, ni siquiera recibí un acuse de recibo por parte de las autoridades competentes en Riberalta. Probablemente pensaron que el asunto había tenido una solución oportuna cuando García se ejecutó a sí mismo. No se interrogó a los testigos, y todas las declaraciones escritas firmadas con tres pequeñas cruces sin duda aterrizaron en la papelera de algún juez mundano. (Leutenegger [1940] 2015, 355)

El otro caso fue mucho más famoso, e incluso motivó artículos en la prensa nacional, informes diplomáticos a nivel internacional y hasta una novela. Se trata de la esposa de Frédéric de Menditte (Córdoba,

Villar 2015). El matrimonio francés había sido contratado para trabajar en una barraca del río Madidi a las órdenes de un compatriota, Albert Mouton, famoso por su disposición violenta. Mouton envía a un puesto lejano al marido y toma como amante a la joven. En enero de 1896, Menditte irrumpe en el comedor de la barraca, donde Mouton almuerza con la mujer de la discordia, y lo mata a tiros. Y luego, cuando la joven francesa se abalanza sobre el amante caído, también la asesina. Pero esta vez no debemos depender de testigos porque es el propio Menditte (1896, 37) quien lo confiesa:

Viendo la imposibilidad de salir y estando seguro que si quedaba en la barraca sería víctima de Mouton y de mi señora, me dejé llevar por un acto de desesperación y, agarrando mi rifle, me fui recto al comedor, donde Mouton estaba comiendo con mi familia y sus tres empleados y lo baleé. Los tres empleados prudentes se retiraron de mi vista; sólo quedó mi señora que se botó sobre su amante compadeciéndolo y eso me exasperó tanto, que tuvo el mismo fin. Después he recogido mis cuatro hijos y me he entregado preso para ser juzgado.

El caso alcanzó una notoriedad casi inmediata. Calificando irónicamente a Mouton como 'pionero de la civilización', Erland Nordenskiöld ([1924] 2001, 412) escribe: «Su vida fue una novela policíaca de asesinos y terminó cuando el marido de su amante le disparó y lo mató». Como dato curioso podemos agregar que varias crónicas de la época reportan la presencia del asesino en la cárcel de Riberalta. Ciro Bayo (1927, 273) anota:

Los soldados del coronel tenían dos presos bajo su custodia: un francés que mató a un barraquero que le había violado su mujer, francesa también; y un mono encadenado en uno de los bancos del patio.

El escritor español da la impresión asimismo de que no había demasiada voluntad en Riberalta por juzgar a Menditte. Parece, incluso, que luego de un tiempo el francés pudo escapar de la cárcel y nada más se supo de su vida.<sup>11</sup>

Podríamos incluso esgrimir la hipótesis de que la violencia que envuelve a las mujeres tal vez sea, precisamente, una de las causas por

<sup>11</sup> La información de los juzgados brasileños permite comprobar que, en la frontera del país vecino, la situación no era distinta: «Muchas historias que comenzaron con intensa pasión terminaron en tragedia. Ocurrían frecuentemente crímenes pasionales en las plantaciones de caucho del Amazonas, y tal hipótesis se justifica por los numerosos casos encontrados en el almacén del *Forum Enoque Reis* en la ciudad de Manaus, que son documentos seguidos de solicitudes de hábeas corpus, hechas por los abogados de los acusados, en muchos de los cuales se trata de exonerar a los acusados, alegando legítima defensa del honor» (Lopes Lage 2010, 107).

las cuales la historiografía silencia o invisibiliza la participación femenina en el escenario extractivo. Menditte escribe una novela en forma de descargo en la cual da a conocer públicamente los sufrimientos padecidos por él desde su contratación en 1890 a manos de Mouton, y el texto no escatima en detalles sobre los días, las fechas, los diálogos referidos a la deuda que contrae, las ofensas recibidas o los castigos a él y a otros empleados: lo único que no consigna en su escrito es el nombre de su mujer.

Al finalizar su historia, sin embargo, Menditte se preocupa por añadir un epílogo en el que detalla con nombre y apellido casi cuarenta casos de injurias, castigos y muertes protagonizadas por Mouton durante los cinco años que estuvo bajo sus órdenes. Además de los usuales engaños en el enganche y de los métodos tortuosos destinados a incrementar la deuda de las víctimas, los relatos desbordan de deserciones de los trabajadores y sobre todo de balazos, latigazos y castigos corporales. Las víctimas provienen de La Paz, San Ignacio, Reyes, Tumupasa, Trinidad o Ixiamas, pero también, lo que es más llamativo, de España, Suiza, Francia, Italia, Perú, Bélgica, Chile y Norteamérica. Pese al castellano torpe del autor, a la posibilidad de distorsiones y exageraciones y a que en última instancia resulta imposible deslindar con total nitidez los hechos objetivos de la composición de una parte involucrada en un proceso legal, el texto constituye una fuente significativa porque, más allá de la propia historia trágica de su autor, recoge otros casos de problemas con mujeres que dejan entrever tanto la forma particular de su inserción en la industria como las diversas gamas de la violencia que teñía cotidianamente sus vidas:

*Encarnación Hualale.* India de San Ignacio, contratada por el señor Federico de Menditte para bajar al Madidi el 12 de diciembre de 1891, dejar gente de Mouton y regresar a Reyes. Llegó Mouton el 20 diciembre y atajó al señor Menditte, lo mismo que su criada Encarnación. Cuando ésta pidió su cuenta, queriendo retirarse de la casa, como no tenía contrato ni deuda, Mouton la cargó a su cuenta 80 bolivianos más o menos pagados a doña Manuelita. Esta señora no recibió nunca esta suma, porque Encarnación no le debía nada.

*Manuela Samanai.* India reyesana, sin contrato. Trataba con el empleado Eusebio Guibert y los pedidos hechos por Guibert de la tienda fueron cargados a la cuenta de la mujer. Además, como no debía nada, cargaron a su cuenta 80 pesos más o menos, como pagados a don Rodolfo Zeballos su patrón y le hicieron firmar un contrato, reconociendo esta deuda. La india no debiendo nada, don Rodolfo Zeballos no reclamó ninguna cuenta; de consiguiente la casa Mouton no pagó nada.

*Ildefonsa Cayuva.* India trinitaria. Fue encerrada en la cárcel del Madidi 40 noches porque temía Mouton que se huyera.

Aburrida, se huyó el 2 de diciembre de su cárcel y fue alcanzada a un torno y medio de la barraca. A pesar que esta mujer estaba embarazada de seis meses, Mouton le hizo amarrar las manos y la castigó con 250 azotes, más la golpeó malamente a puñetes para hacerla declarar cosas que ignoraba y de miedo la india declaró todo lo que exigió Mouton. En un año, aparece en su cuenta 58 pesos de multa. (Menditte 1896, 45-6)

*María Salinas.* India reyesana. Bajó al Madidi con el finado Pio Espinosa, sin tener contrato con Mouton. Compró una máquina de coser con la mesa enteramente rota y remendada con alambre, y le cargaron en su cuenta 150 bolivianos, cuando en el Beni estas mismas máquinas se vendían nuevas a 150 pesos. Para pagar esta cantidad, María Salinas hace costuras por la casa y le pagan 60 centavos por la hechura de una camisa y 40 y 60 centavos por la hechura de un pantalón. (48)

*Dolores Chimai de Navi.* India isiaméña. Por motivo que su marido se huyó, Mouton la encerró en la cárcel del Madidi, con sus hijos durante tres meses y medio, con centinela armada de día y de noche. Los dejaba salir sin ser escoltados 10 minutos en la mañana y 10 minutos en la tarde, hasta que el intendente del Beni tuvo conocimiento de este abuso y ordenó que pongan en libertad a la india. (54)

Muchas veces no hace falta, ni siquiera, que el abuso adopte una modalidad violenta: así como el anónimo patrón francés se apropia de las bellas hijas de Medina, o Mouton de la esposa de Menditte, sabemos que muchos caucheros tomaban amantes entre las mujeres de sus subordinados. Leutenegger ([1940] 2015, 278) lo sugiere con cierta elegancia al referirse a uno de los gerentes de Cachuela Esperanza, don Frank: «De vez en cuando al marido de alguna indígena no le quedaba otra que cerrar ambos ojos, pero don Frank siempre apaciguaba los celos con palabras apacibles o mano generosa». Muchas veces, incluso, ni siquiera la frontera del incesto constituía un límite para los ardores sexuales:

Don Nicanor Vaca vivía con su familia metido en el remoto extremo del Madre de Dios. Cada año, infaliblemente, la mujer le daba un hijo. Así nacieron Elías, Primitivo, Genoveva, Nicéforo, Tristán, Zósima y Estefa. Cada cuatro años iba al pueblo y bautizaba cuatro niños. Cuando vinieron los tres últimos -Rosendo, Dionisia y Anselmo-, ya Genoveva estaba moza, la madre murió de un nuevo parto -el undécimo-, y Elías y Primitivo debieron ir a Villa Bella, dejando al viejo solo en el monte con los menores. Al cabo del siguiente año, don Nicanor tuvo otro hijo: la madre era Genoveva. (Coímbra [1946] 2016, 47)



**Figura 22** *Tumupaceña, Reyes-Beni-Bolivia. Sin fecha. Postal. Sobre n.º 1.*  
Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta



**Figura 23**  
*India Tacana, Beni-Bolivia. Sin fecha. Postal. Sobre n.º 1.*  
 Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

Josef Feichtner, en cambio, opta por explicar estos casos por medio de una óptica más desapasionada que entrecruza las variables étnicas y de clase: en las barracas gomeras, nos dice, las mujeres eran una minoría y por lo tanto un recurso escaso. Es por eso que, cuando el precio de la goma aumenta, produjo la inevitable migración en masa de mujeres de Santa Cruz de la Sierra, Cochabamba y La Paz:

Quien quisiese quedarse con una joven o mujer de esas, pagaba su pasaje, sus gastos y era considerado casado de hecho por el tiempo de sus vidas en común. Ella era una esposa negra y podía participar de pequeños bailes. Pero el área de trabajo de la esposa negra era la cocina, el dormitorio y el cuarto de costura que se acostumbraba tener. En este último ella recibía las visitas de las amigas. Pero nunca comía sus alimentos con su marido en la mesa,



**Figura 24**  
*India de Magdalena. 1900.*  
Fuente: Historische Fotos aus Bolivien, Instituto Iberoamericano, Berlín

ni siquiera si de esa vida en común hubieran nacidos hijos. Se trataba de una ley no escrita pero casi nunca quebrada. Si el hombre perdiese el empleo era su obligación indemnizar a la esposa negra con un valor adecuado y que le permitiese abrir un pequeño negocio, una pulpería. En la mayoría de las veces ella cambiaba de manos y ninguno encontraba nada ofensivo en eso. Al final no estábamos en una posición de estar tan orgullosos -y después de dos o tres combates de fiebre o una disentería de varios años de duración- las personas se relajaban y se volvían completamente dóciles. (Feichtner [1897-1915] 2013, 56)





## 3 **Mujeres eminentes**

**Índice** 3.1 Otros escritos, otras miradas. – 3.2 La importancia de llamarse Lizzie.

### **3.1 Otros escritos, otras miradas**

Tal vez menos invisibilizada pero igualmente difícil de encontrar debido a su escasez cuantitativa, otro tipo de mujer que es posible rastrear en la documentación del período gomero se involucra con la maquinaria extractiva de una forma distinta. Podemos encontrar, así, viñetas casi siempre celebratorias de mujeres de la alta sociedad gomera, a la que pertenecen no ya por un vínculo laboral sino por relaciones maritales o familiares; nos referimos, en otras palabras, a las compañeras, parientes y esposas de los grandes caucheros. Las noticias de la época las describen mayormente desligadas de la rutina extractiva, viviendo en la ciudad, en la sede de la empresa o a lo sumo en la barraca central, y encabezando un apretado calendario de eventos sociales como recepciones, bautismos o bailes de Carnaval: los casos emblemáticos son los de Lastenia Franco, pareja de Antonio

Vaca Díez; Judith Arias, esposa del todopoderoso Nicolás Suárez, o sus propias hijas Esperanza o Lutgarda.<sup>1</sup>

Esta intensa vida social se encuentra bien reflejada en tres textos que analizaremos a continuación, con el valor en común de haber sido escritos por mujeres ligadas de una u otra manera con la nueva aristocracia económica, política y social conformada durante el auge de la goma elástica.<sup>2</sup>

Uno de los escritos más conocidos es el libro de la norteamericana Maria Robinson Wright sobre su viaje a Bolivia en 1906, publicado un año más tarde. Wright nació en 1853 y murió en 1914. Miembro de varias sociedades científicas, era una escritora de cierto renombre luego de quedar viuda en 1886 y firmar por tres años un contrato con la revista *Sunny South* como corresponsal de viajes, y luego realizó la misma tarea para el *New York World*, con lo cual ganó su fama como la mujer que atravesó tres veces Sudamérica viajando 2.000 millas en mula por México y Bolivia. Es por lo tanto conocida como una de las fundadoras del periodismo turístico, lo cual le permitió recorrer diversos países de América como Brasil, Bolivia, Chile, Perú y México. El libro de 1907 es dedicado al presidente de Bolivia, Ismael Montes, y de sus 450 páginas solamente las últimas 60 están dedicadas al Oriente boliviano: Santa Cruz, el Beni y el entonces llamado Territorio Nacional de Colonias. El relato dibuja la mirada usual de la Bolivia canónica: un país andino-centrado que busca atraer fundamentalmente a los capitales de la minería dedicados a la plata, el estaño o el cobre, y para ello resalta el potencial de ciudades como La Paz, Cochabamba o Sucre. Así, promocionado como «un viaje a mula de 1.000 millas», Wright emprende travesía -no obstante- en diligencia para recorrer las ciudades más importantes de la Bolivia andina. Una de las principales diferencias con respecto a otros libros de la época escritos por mujeres, entonces, es que se trata claramente de un texto de propaganda: la autora es apoyada por el propio gobierno boliviano, que la guía en sus excursiones y le brinda toda la asistencia logística que necesita, y es recibida por las máximas autoridades políticas, sociales e industriales del país.

---

1 En algún caso, incluso, algunas de ellas se dedicaron con entusiasmo a la actividad cultural como en el caso de la *Revista Moderna*, editada por Judith Suárez de Solares en Cachuela Esperanza con una mayoría de contribuciones de la propia editora o bien de las escritoras Luisa R. de Céspedes o Casta Chávez de Sierra, entre otras. Para mayores referencias biográficas a las mujeres de la familia Suárez, ver Fifer 1970; Córdoba 2015a.

2 No consideramos aquí a las escritoras benianas que comienzan a escribir en la década de 1930 para la *Revista Moxos*, impresa en Trinidad y editada por Félix Sattori Román. Algunas de ellas ya habían publicado algún texto en la mencionada *Revista Moderna*. Se trata de contribuciones esporádicas como las de Lola de Sierra Chávez, María Valentina Méndez, Carmen Silva, Carola Rosperi, Ninfa Basadre de Gutiérrez, Lucila de Pérez Díaz, Leonor Ribera Arteaga o Carmela de Tejerina, y que versaban sobre temas como cuentos regionales, efemérides, educación o música.

Su descripción evoca las actividades filantrópicas de las mujeres de políticos y representantes de la época como la señora Bethsabé de Montes, esposa del presidente; Hortensia de Pinilla, esposa del ministro de Relaciones Exteriores; o bien Aida Gainsborg, esposa de José María Aguirre Achá, y resalta su contribución a hospitales, asilos y talleres de costura:

[Sucre] Recepciones, *soirées*, pícnicos y un gran baile que se distinguió por tanto esplendor como si hubiera tenido lugar en una capital europea, fueron los más notables agasajos brindados a las visitantes [la señora Wright y su secretaria], quienes al partir fueron escoltadas hasta la primera posta por el distinguido prefecto doctor Julio La Faye y un acompañamiento de los principales sucrenses, que les ofrecieron un suntuoso almuerzo de despedida.<sup>3</sup> (Wright 1907, 232-3)

El sesgo andino de Wright apenas se diluye en la última parte del libro, cuando dedica unas cuantas páginas al Beni y a la industria del caucho, por más que parece basarse fundamentalmente en material de segunda mano. Lo mismo se desprende de las fotografías que utiliza para ilustrar su recorrido, muchas de las cuales son las típicas imágenes que por entonces circulaban de forma anónima en álbumes de viaje o bien como tarjetas postales.

Publicado hace pocos años luego de pasar un largo tiempo en custodia de dos nietas, el segundo texto que consideramos es el diario de viaje de Amelia Toledo Suárez de Roca. Según las editoras, esta autora cruceña se destacaba por sus inclinaciones literarias y escribía notas de prensa, poesías y traducciones de escritores franceses e ingleses. Ella también queda viuda en 1897 y entonces se traslada hacia Buenos Aires (donde moriría en 1938) junto con sus hijas menores, mientras que los hijos mayores quedaron en Santa Cruz de la Sierra. La publicación transcribe la bitácora que confecciona durante su viaje de 1984 junto a su marido Crisanto Roca Toledo, en el cual partieron de Santa Cruz hasta París, pasando por Buenos Aires y Asunción (Toledo Suárez [1894] 2014). La conexión -una vez más tangencial- con la industria del caucho está dada por afinidad matrimonial, puesto que, junto a sus hermanos, Crisanto era dueño de la sociedad Roca Hermanos, dedicada a la explotación del producto en varias concesiones gomeras establecidas a lo largo de los ríos Beni y Madre de Dios.

En febrero de 1894, Crisanto solicitó un préstamo por 2.000 libras esterlinas para conseguir mercaderías e inversiones en París a

<sup>3</sup> Para el contexto histórico de las sociedades de beneficencia en La Paz entre 1900 y 1948, ver Escobari de Querejazu 2009.

nombre de la empresa Roca Hermanos, y emprende viaje con su esposa. El diario comienza el 3 de marzo de ese año y concluye abruptamente cuando Amelia regresa a Buenos Aires camino a Bolivia, el 15 de agosto del mismo año. La prosa de Amelia tiene por lo general un tono melancólico en el cual aflora la añoranza por los hijos que deja en Santa Cruz: «Solo me sentía muy impresionada al partir dejando a mis hijos y a mi familia toda, cuya idea me atormentaba tanto y me hace derramar abundantes lágrimas» (Toledo Suárez [1894] 2014, 69). Una vez transcurrido el viaje en el vapor que los lleva a París, el relato se vuelve más fluido y Amelia describe los museos a los que asiste, las exposiciones y los mercados que conoce, o las compras que realiza:

El 12 a las cinco de la mañana se notó que el vapor dejó de caminar, virando y retrocediendo para atrás, pero ignorábamos el motivo. A las seis se supo que la parada había sido a consecuencia de que un mozo de los del hotel se había tirado al mar; éste se llamaba Julio, se encontraba un poco enfermo y se supone que estaría delirando. Cuando su compañero lo vio soltarse al agua corrió a dar parte; retrocedió el vapor a buscarlo, pero todo fue en vano, el cadáver no apareció. A las seis y media continuó el vapor su marcha. (135)

El tercer texto es el libro escrito por Cecil Beaton, en el que el conocido artista británico expone sus memorias y, en particular, recuerda la influencia que tuvo en su vida su tía Jessie Sisson, casada con Pedro Suárez Saravia. Pedro era sobrino de Nicolás Suárez y cónsul de Bolivia en Londres y Madrid, nombrado por el mismo presidente que agasajaba a Maria Robinson Wright: Ismael Montes. *Uncle Percy*, como lo nombra Beaton, y su tía Jessie o Leticia, como era llamada por su familia política, viajan juntos a Bolivia en 1890. La obra reconstruye la vida londinense de la pareja, su viaje inolvidable a Sudamérica -cuando ambos se sumergen en la vida social de La Paz y conocen a la madre de Pedro- y las juergas e infidelidades del esposo que, más allá del amor a Jessie, tiene aventuras e hijos extramatrimoniales (Beaton 1971).<sup>4</sup> Es decir que, cuatro años antes que Amelia Toledo Suárez y su esposo Crisanto la pareja realiza el viaje inverso, de Europa a Bolivia, para vivir la faceta más glamorosa de la era extractiva y gozar de los beneficios de pertenecer a la aristocracia gomera.

Para nosotros, el principal interés de la historia es que, cuando Jessie fallece a los ochenta y cinco años, Beaton hereda una pequeña libreta negra de unas cien páginas escritas a mano, con fecha del

<sup>4</sup> Jessie 'Leticia' Sisson nace en Inglaterra en 1864, se casa con Pedro Suárez Saravia en 1889 y muere en 1950.

26 de junio de 1890, y el siguiente título: «Un viaje a Sudamérica». En esas páginas la tía Jessie había recopilado una serie de observaciones, viñetas y entradas sobre su viaje desde Westmorland hasta Trinidad. Si bien en varias ocasiones la importancia del texto queda condicionada porque Beaton intercala los recuerdos de su infancia junto a aquella tía excéntrica y su marido, el final del libro permite que aflore al menos parte de la propia voz de Jessie, que en ese pequeño diario improvisado vuelca con elocuencia algunas de sus observaciones y pensamientos.

Desde Panamá, los tíos pasan por Perú y viajan hacia La Paz, desde donde parten para conocer Cochabamba, Samaipata y Santa Cruz. Luego de dos años y medio llegan a Trinidad, en el Beni boliviano. Las anotaciones de Jessie retratan la vida social en Bolivia, los nombres y apellidos de las mujeres a las que frecuenta y sobre todo el ambiente europeo de las grandes ciudades que financiaba el auge de la bonanza gomera:

Olvidé mencionar el Carnaval de Año Nuevo en Santa Cruz, siendo una de las fiestas más agradables del año entero. Varias semanas antes, las mujeres cosen sus disfraces. Ya que no hay modistas profesionales, la necesidad hace que uno se ponga a trabajar. Nosotras (Elisa, Zoraida Suárez, etc., y yo), hicimos doce vestidos sin gran valor, pero bastante bien cortados y adornados con cintas, mientras que los hombres, dándose igual trabajo que las damas, estaban ocupados comprando los materiales más bonitos (mayormente terciopelo) para los disfraces elegantes. Finalmente, el corso comenzó. Había “sociedades” de distintos colores, tales como la Sociedad Vicaria, con todos vestidos de blanco y sombreros altos puntiagudos, luego la Comparsa de Vestidos de Noche de Dril, en dril blanco puro, con sombreros de ópera [...] encabezando la sociedad en la que todos caminaban en tropas compuestas por entre doce y dieciséis hombres. (119-20)

Lamentablemente, las hojas transcritas del diario de la tía Jessie son pocas y el lector queda rumiando con sabor a poco. Tal como en los casos de Wright y Toledo Suárez, la conexión del testimonio de las mujeres con la industria cauchera parece más bien indirecta y tangencial. Sin embargo, con todos sus problemas, lo cierto es que se trata de uno de los pocos relatos disponibles escritos por mujeres sobre la era de la goma elástica en Bolivia; y es por eso, justamente, que el libro de Lizzie Hessel que aquí presentamos constituye una fuente histórica de la mayor importancia.

Desde un punto de vista comparativo, los escritos referidos tienen algunos puntos en común aunque también divergencias respecto de los textos de Hessel. Podríamos, por ejemplo, comenzar diciendo que los libros de Wright y el diario de Toledo Suárez fueron ambos



**Figura 25** De derecha a izquierda: señora Aramayo, princesa de La Glorieta y Jessie Suárez.  
Fuente: Beaton 1971, 141

publicados en castellano mientras que las cartas de Lizzie serían publicadas en inglés en la década de 1980, tal como en su momento lo fue el diario de Jessie Sisson.<sup>5</sup> Pero, más allá de las formalidades, un

<sup>5</sup> Cabría señalar, no obstante, que una selección de algunas pocas páginas de estos relatos femeninos del tiempo del caucho se tradujo al castellano y se publicó en las compilaciones de fuentes que realizó Mariano Baptista Gumucio para Lizzie Hessel (2009b, 29-35); para Jessie Sisson (2009a, 167-70); para Maria Robinson Wright (2009a, 180-5).



**Figura 26** Retrato de María Robinson Wright.  
Fuente: Willard, Livermore 1893, 805



**Figura 27** Retrato de Amelia Toledo.  
Fuente: Toledo Suárez [1894] 2014, 19

primer denominador común entre esas miradas es que fueron escritas totalmente o en parte por la propia mano de una mujer, sin pasar necesariamente –al menos hasta donde sabemos– a través del tamiz mediador de otro escritor: no se trata, entonces, de reescrituras o de interpretaciones sino que, cada una a su modo, son textos que permiten que aflore la voz de las propias protagonistas.

Un segundo aspecto importante a tener en cuenta es que, a diferencia del libro de Wright, los diarios de Amelia y de Jessie –tal como luego las cartas de Lizzie– no fueron pensados desde un principio para su publicación, sino que fueron redactados para plasmar sus pensamientos privados, la cotidianidad de sus vidas o aun la bitácora de un viaje. El tono más espontáneo de estos escritos, por tanto, dista de la obra de Wright, que por momentos despliega una propaganda (enfática pero obvia) del país y del gobierno que la patrocina. Agasajada por la élite local, Wright promociona el exotismo de su viaje de «mil millas a lomo de burro» y explota el color local pese a haber en Bolivia la comodidad de los trenes y las diligencias, sin jamás llegar al Beni. En cambio, cada uno a su modo, los textos de las otras autoras ponen en escena una escritura que luce más auténtica, sensible, encarnada, y en la cual, por más que ciertamente puedan



**Figura 28** Foto tomada en 1889 al momento del compromiso de Jessie con Pedro Suárez. De izquierda a derecha: Frank Williamson con su hijo Frank, Jessie, Pedro y Etty Sisson (madre de Cecil Beaton). Fuente: Beaton 1971, 36

vislumbrarse los preconceptos acostumbrados de la época, también afloran entre líneas la intimidad de la vida femenina o aun su eventual vulnerabilidad -por ejemplo, en las sutiles menciones de Jessie a las infidelidades de Pedro Suárez-.

En tercer lugar, podemos destacar que, más allá de la obviedad de la cronología, hay un cierto sincronismo en el propio contexto social que hace que las trayectorias de estas mujeres se entrecrucen:





**Figura 29** Emilia Bickel de Hecker, Adela de Sonnenschein y otras mujeres en Carnaval. Riberalta, principio de siglo XX. Álbum n.º 5. Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

Amelia Toledo y Pedro Suárez (esposo de Jessie) comparten lazos de matrimonio de sus hijos y sobrinos, puesto que el hijo mayor de Amelia y Crisanto se casó con una hija de Mercedes Roca y Antonio Cuéllar, y un hermano de Pedro Suárez, Nicomedes, también se casó con otra hija de Mercedes Roca y Antonio Cuéllar.<sup>6</sup> Y hay otros cruces menos directos. Durante su viaje, Maria Robinson Wright conoce en Sucre al príncipe y la princesa de La Glorietta. Este reconocido matrimonio de la aristocracia boliviana sostiene un asilo privado de huérfanos donde se enseña costura y moda a las jóvenes mientras que los varones aprenden carpintería, zapatería y otros oficios. El asilo es financiado con la fortuna personal del príncipe, que es ministro de Bolivia en París tal como Pedro lo es en Inglaterra (Wright 1907, 130). La princesa aparece también en la obra de Cecil Beaton (1971, 140): en efecto, la tapa de la primera edición nos presenta un diseño de tres mujeres con sus trajes de fiesta dibujadas al estilo caricaturesco propio del autor. Y el bosquejo está basado en una foto que le entregaron en 1970, cuando estaba en La Paz, que retrataba justamente a «Jessie Suárez, Madame Aramayo y la princesa de La Glorietta».

<sup>6</sup> Respectivamente, Amelia Cuéllar Roca y Matilde Cuéllar Roca (Toledo Suárez [1894] 2014, 14-15).

### 3.2 La importancia de llamarse Lizzie

Las cartas de Lizzie Hessel a su familia británica constituyen una fuente documental de primer orden puesto que, en su conjunto, componen el único relato extensivo que narra en primera persona la experiencia femenina en una barraca cauchera de Bolivia. Los textos recogen observaciones detalladas sobre la vida cotidiana, la domesticidad de la barraca, el funcionamiento de la industria y las vicisitudes que debían enfrentar los caucheros en una empresa que, después de todo, operaba en plena selva. La corta vida de Lizzie en la Amazonía boliviana, y sobre todo las impresiones personales que fue volcando en sus cartas, de hecho, constituyen sin lugar a dudas uno de los mejores documentos sobre el brillo y las sombras del auge de la goma elástica. Además, y justamente por eso, su testimonio resulta ineludible para poder comenzar a comprender mejor el papel de esas mujeres -muchas veces olvidadas, muchas veces anónimas- del mundo cauchero.

En 1985, Ann Brown, hija de la hermana de Lizzie, Louisa, decide publicar parcialmente las cartas que le habían sido legadas al fallecer en 1975 su tía Nell, la hija menor del matrimonio Mathys. Cuando la sobrina recibe el legado familiar contacta con una amiga, Anne Rose, y a un reconocido naturalista, cineasta y escritor especializado en la región amazónica: Tony Morrison.<sup>7</sup> Un año más tarde, en 1986, Morrison produjo una película sobre Lizzie para la televisión británica, dirigida por Lavinia Warner, con la actriz Maria Aitken como guionista y relatora. Con la voz de Aitken en *off*, el film recrea una selección de pasajes de las cartas de Lizzie mientras de fondo desfilan los paisajes exóticos de la Amazonía brasileña y boliviana. A continuación, el trío de Brown, Morrison y Rose emprende a su vez la tarea de dar formato a las cartas de Lizzie para publicarlas en inglés, componiendo el volumen que en esta ocasión traducimos y editamos por primera vez en castellano. El libro reúne la mayoría de las cartas de Lizzie y una introducción de los editores británicos dando contexto a las cartas. Hay que señalar, no obstante, que la obra no contiene la totalidad de la correspondencia de Lizzie ya que en algunas ocasiones los editores han hilvanado una suerte de *collage* de fragmentos más o menos extensos de las cartas con su propia contextualización, sin que siempre sea posible definir con precisión dónde comienzan unas y acaba la otra.<sup>8</sup>

Las cartas abarcan un período que va desde 1896, apenas Lizzie emprende su viaje a Bolivia, hasta su muerte en 1899. Luego de casarse con Fred Hessel, quien había sido contratado por The Orthon

<sup>7</sup> Para apreciar el recorrido profesional de Morrison, ver <http://www.nonesuchexpeditions.com>.

<sup>8</sup> Se trata de una decisión realizada a conciencia por los descendientes de Lizzie, que hasta el día de hoy prefieren no publicar la correspondencia original en su totalidad (Ann Brown, comunicación personal).

Rubber Company, la firma de Antonio Vaca Diez, los Hessel emprenden su viaje hacia Bolivia, haciendo su parada inicial en el Grand Hotel del Boulevard de París. Allí mismo, el 16 de diciembre de 1896, Lizzie redacta la primera carta a sus padres: «No creo tener más noticias en este momento porque todavía no empecé a ver los lugares de interés, pero les escribiré en cada oportunidad que pueda». Y ése fue, justamente, el espíritu que mantuvo durante todo el viaje y su larga estadía en Bolivia: entre algunas cartas que se perdieron y otras que demoraban meses, la familia de Lizzie recibió un total de cuarenta y seis cartas escritas por su hija y cinco misivas adicionales escritas por su yerno Fred.<sup>9</sup> Las casi veinte cartas que escribe desde la barraca Orthon, cuando ya están asentados en Bolivia, son indudablemente las de mayor riqueza etnográfica; aunque, como veremos a continuación, las enviadas desde Mishagua, Perú, central de operaciones del célebre cauchero Carlos Fermín Fitzcarrald, o bien desde otras paradas de su largo viaje, también nos aportan un sinnúmero de elementos interesantes.<sup>10</sup>

De los escritos de Lizzie nos interesa destacar varios puntos. En primer lugar, su descripción descarnada de la maquinaria gomera. Comentando su estancia en Mishagua, la sede de Fitzcarrald, el célebre socio peruano de Vaca Diez, Lizzie reporta la forma en que él y su esposa gobiernan con mano firme la barraca y sus inmundiciaciones. En un episodio particularmente notable, unos nativos que trabajaban picando goma son atacados por otros ‘indígenas salvajes’; los trabajadores caucheros atrapan a dos de los atacantes –una mujer con una herida de flecha en el pecho y un hombre con un disparo en la pierna–, los llevan a la barraca y los matan. En otra ocasión, observa cinco canoas que abastecen a la barraca y remontan los ríos cercanos hasta las tribus más pequeñas, en las cuales capturan niños que luego son vendidos como esclavos:

Tres de los esclavos de esta casa, dos niñas y un niño, escaparon hace poco, pero los cazaron y los trajeron de vuelta. Los encadenaron esa noche y al día siguiente los golpearon hasta que quedaron tan agotados que no lloraron más, con la señora Fitzcarrald mirando todo el tiempo. Es una bestia: estaba tan enferma que tuve que salir de la casa. Ahora los encadena todas las noches a su cama. Ella misma golpea a todos sus sirvientes aproximadamente una vez a la semana. (Morrison, Brown, Rose 1985, 71-2)<sup>11</sup>

**9** Ann Brown, comunicación personal.

**10** La barraca Orthon se encontraba en la esquina del barranco que forma la confluencia del río Orthon con el Beni y, según se sabe, fue el propio Heath quien en su viaje exploratorio de 1880 colocó la señal para que al año siguiente Vaca Diez estableciera allí la sede central de su compañía gomera (Sattori Román 1933, 21).

**11** Todas las traducciones de esta edición citadas en el presente texto son nuestras.

Se trata de una de las contadas ocasiones en las que Lizzie expresa por escrito su malestar por el maltrato a los indígenas. De hecho, cuando llega a la barraca y tiene ya a 'sus' propios sirvientes nativos, el tono narrativo cambia sensiblemente:

Tomo mis comidas en la otra casa y doy largos paseos por la selva con la señora Arnold, siempre con dos indígenas que llevan algo para beber, y tengo dos muchachas indígenas que duermen en mi cuarto. Fred quiere comprarme una pequeña muchacha salvaje; son sirvientes espléndidas y aquí es la costumbre llevar una siempre contigo, aun si vas a caminar hasta la casa vecina. Al principio son muy problemáticos, pero como regla general aprenden rápido y son muy leales. Por una muchacha de diez o doce años tendrá que pagar unas 10 libras; los muchachos cuestan más. (110)

Luego de pasar un año y medio en la barraca, Lizzie se describe a sí misma y a su esposo como «el rey y la reina del Orthon»,<sup>12</sup> y no sin orgullo informa que cuenta con quinientos empleados bolivianos y otros tantos indígenas a su disposición. La mirada se vuelve entonces mucho más maternalista y, coincidentemente con otros escritos de la época, describe a los indígenas en la misma sintonía: «Son como niños y tengo que escuchar sus pequeños problemas» (135). Y, cuando habla de los indígenas que se fugan, confiesa que los caucheros les dan cien latigazos porque es el único castigo que temen: «Si eres amable con ellos, toman ventaja y te roban cualquier cosa» (136). Las de Lizzie, de hecho, no son observaciones aisladas. Muchas de las crónicas y de los relatos de viajes de la época reportan el mismo trato cruel hacia los indígenas barraqueros, con abundancia de uso del látigo o de la *guasca* (cuerda de cuero) tan utilizada en el Beni.<sup>13</sup> Los datos detallados que aporta Lizzie, así, coinciden con otros relatos de la época que nos permiten entrever la singular situación que por entonces se vivía en el Beni:

Un considerable comercio de esclavos se lleva a cabo en estas partes, y una muchacha fuerte y sana cuesta 50 libras. Uno debe comprar todos sus sirvientes; son niños secuestrados, la gente los cría y cuando llegan a los catorce años los venden por precios exorbitantes. Cuando los compras ya son de tu propiedad, y tienen que trabajar tan duro como uno quiere, y si no trabajan bien se les golpea terriblemente. Aun los hombres a veces reciben cincuenta o

<sup>12</sup> En efecto, las misivas enviadas desde la barraca en el río Orthon son firmadas por ella como «Queen of Orthon (Bolivia) Rubber» y, en una de sus últimas cartas, comentando la gran cantidad de sus empleados, escribe de hecho que «somos ahora rey y reina del Orthon» (135).

<sup>13</sup> Ver, por ejemplo, Balzan [1885-1893] 2008; Fawcett 1954; Castillo 1929; Menditte 1896.

---

cien golpes con un palo que corta como un cuchillo, y muy a menudo quedan medio muertos después. Si intentan escaparse se los castiga mucho más que por cualquier otra cuestión. (82)

El segundo punto importante a considerar en el relato de Lizzie es su descripción de la propia maquinaria extractiva. Las barracas, muchas veces, no eran meros centros de extracción de goma sino auténticos poblados con sus propias oficinas, depósitos, puertos, talleres, almacenes y hasta hospitales. Las jornadas que describe transcurren entre los viajes de Fred a los centros gomeros periféricos para supervisar las cantidades de goma recolectadas, y sus propias actividades rigiendo al mismo tiempo la rutina doméstica en la barraca. Lizzie se levanta, toma su taza de té, organiza las comidas, juega a las cartas y, si tiene invitados o visitas, organiza las actividades sociales:

Ayer bautizamos una lancha nueva. Todos nos fuimos a navegar y teníamos champagne, etc., y en la tarde tuvimos un baile en una de las habitaciones más grandes de nuestra casa: como orquesta teníamos un acordeón y una flauta, pero lamento decir que solamente éramos cuatro damas (pobres damas). Tuvimos que danzar cada pieza con tres o cuatro caballeros: había cuarenta caballeros. (97)

Las cartas también nos permiten reconstruir al menos parte de la rutina y cotidianidad de cada día en el centro gomero. Por ejemplo, describen con detalle la dieta disponible: como, cuando había abundancia de carne fresca y leche, el desayuno incluía chocolate, pan y galletitas y cuando, en cambio, arreciaba la escasez, había que tomar bebidas amargas por la falta de azúcar. Por la mañana, luego de la colación, Lizzie tomaba un baño en su habitación con alguna criada mientras Fred comenzaba el día en su oficina de la planta baja:

Tengo un sirviente que tiene su hamaca en el balcón y está a mi disposición el día entero. Limpia mis aposentos, prepara mi baño, etc. Somos como grandes señores; la gente nos trata con mucho respeto. Pienso que tendremos una vida muy placentera aquí y no creo que tengamos que gastar mucho dinero ya que nos dan todo gratis, lavandería incluida. Lo único es que se trata de un país donde se bebe mucho y todo cuesta tanto: una botella de cerveza 10 chelines, una botella de coñac 20 chelines, etc., etc. Pero el agua es muy buena, y hay un manantial muy cerca. (94)

Lizzie refiere además que en el segundo piso de la casa, con el balcón cubriendo toda la planta, hay seis habitaciones, de las cuales dos están reservadas para los Hessel; el resto son oficinas para los empleados, los negocios y los almacenes. Las jornadas barraqueras

transcurren por lo general con la esposa del gerente, el señor Arnold, con quien ella pasea, conversa y hasta trata de aprender el castellano. Es la única a la que considera casi como una igual, primero porque está casada legalmente y luego porque, aunque era boliviana, vivió un tiempo con su marido en Alemania y por lo tanto Lizzie aprecia su educación y su conducta. En algún momento, en cambio, comenta que hay también algunas otras mujeres con las que socializa: la esposa del cocinero francés (suponemos aquella con la que viajó desde Europa) o bien la esposa de un capitán. Pero las demás mujeres son trabajadoras y no están casadas 'legalmente', así que Lizzie no ve con buenos ojos confraternizar con ellas:

Dos nuevas damas han llegado últimamente, pero como es común en estas partes, no están casadas, y sus así llamados "maridos" son empleados de la firma. Una de ellas no es mala, pero no puedo ser "amiga" de ellas, o la gente de aquí podría hablar. En estas pequeñas aldeas muy poca gente está realmente casada; quizá un cura pase una vez en un año y tiene demasiado trabajo que hacer: no se trata de estar bautizando, casando y festejando todo el tiempo. (119)

Estas líneas son importantes porque constituyen una de las escasísimas noticias referidas por una mujer europea acerca de las mencionadas concubinas o 'esposas del monte' en las barracas gomeras. Al igual que las mujeres europeas que ejercían la prostitución en Manaos o Belém do Pará, poco se sabe de sus historias de vida. Son, en todo caso, noticias aisladas sobre ese tipo de uniones caracterizadas como 'morganáticas', es decir, alianzas en las cuales la mujer ostenta una posición social inferior a la del hombre. De esas uniones hemos ya hablado anteriormente apelando a las anotaciones de Leutenegger o Ulmer y sus concubinas en las barracas; pero, una vez más, Lizzie contribuye sustancialmente a corroborar la información.

Más allá de describir la rutina doméstica, las cartas no dejan de lado la peculiar forma de hacer negocios en una región en la cual no existe más ley que la palabra del empresario, que siempre predomina sobre la presencia fantasmal del Estado, y donde -tal como habíamos adelantado-, rige 'la ley del calibre 44'. Así, Lizzie refiere la forma dudosa en que Vaca Diez consigue hacerse de una gran plantación de goma: el dueño había llegado al Orthon para hacer negocios, es emborrachado por el cauchero y luego encarcelado durante dos semanas hasta que accede a firmar los papeles de venta de su propiedad. Por su parte, la empresa competidora, que quería esas mismas tierras, envió una partida a la zona para tomarlas por la fuerza, lo cual termina provocando un enfrentamiento armado entre ambas firmas.

Un tercer dato interesante en el relato de Lizzie es el complejo problema productivo que supone la obtención de la mano de obra que

requiere la industria gomera. En la misma nave en que los Hessel llegaban de Europa, Vaca Diez embarca a quinientos inmigrantes españoles para trabajar en sus barracas.<sup>14</sup> Cuando llegan a Belém do Pará, Vaca Diez se topa con problemas aduaneros y la comitiva debe pasar seis semanas en la ciudad antes de continuar hacia Bolivia. Para Lizzie, la demora no supone mayores inconvenientes, ya que se encuentra cómodamente alojada en el hotel local, y el único problema que consigna en sus cartas es que entonces pierde a su perro cuando alguien deja abierta por accidente la puerta del alojamiento. Pero lo cierto es que, entre demoras, hoteles y gastos extras, Lizzie calcula que, al momento de llegar al Orthon, la firma de Vaca Diez pierde unas 60.000 libras esterlinas solventando la demora.

Además, Lizzie refiere en detalle los continuos problemas que generan los trabajadores. De los quinientos españoles originales, Vaca Diez selecciona cuatrocientos, pero al continuar el viaje hacia Iquitos sigue perdiendo gente.<sup>15</sup> Dos mueren en el viaje al comer fruta inmadura que les da fiebre: «Estos españoles son unos imprudentes y nos sorprende que no hayan enfermado más» (41). Según Lizzie, el viaje transcurre sin grandes problemas, por más que los españoles «siempre nos amenazan con disparar a los seis que cenábamos en la mesa especial», ya que consideraban que no los alimentaban bien. Todas las noches los británicos deben cenar con dos centinelas armados aunque «no pasaba nada: hacen mucho ruido, pero son unos cobardes» (41). Palabras más, palabras menos, lo mismo relata Feichtner ([1897-1915] 2013, 14) al recordar que, luego de transcurrir varios días de mal tiempo encerrados en el compartimento de carga, los españoles comenzaron a planear un motín y los reclamos habían escalado tanto que los caucheros tenían órdenes de arrojarles agua caliente en caso de que continuasen. Para marzo de 1897, cuatro meses después de partir de Inglaterra, desertaron tres cuartas

**14** La problemática contratación de Vaca Diez se corrobora con el diario de viaje de Josef Maria Feichtner, operario alemán contratado por la empresa que viajaba en el mismo barco y comparte gran parte de la travesía de los Hessel hasta por lo menos Iquitos. Nacido en Augsburg en 1870, a los veintiséis años Feichtner consigue un contrato para trabajar en Bolivia y su diario manuscrito comienza con la partida en Bordeaux para luego proseguir hasta 1904, cuando se termina de liquidar la Orthon Bolivian Rubber Co. Trabaja en Belém do Pará hasta 1915 como gerente de la filial de la Casa Suárez Hermanos y en 1934 muere en San Pablo. Según él, había 480 inmigrantes españoles en la expedición de Vaca Diez, principalmente catalanes de Barcelona, aunque «además entre ellos había alsacianos, rusos, turcos, griegos y hasta integrantes de la legión extranjera, o sea, había de todo» (Feichtner [1897-1915] 2013, 13).

**15** Nuevamente según Feichtner, Vaca Diez intenta compensar la pérdida de los desertores contratando a treinta familias de trabajadores negros, incluyendo a unas 120 personas procedentes de Barbados y Georgetown: «Pero pronto se descubrió que esos negros sólo querían ganarse el pasaje, y no pretendían trabajar en los siringales. Su objetivo era un viaje barato hasta los afluentes peruanos del Alto Amazonas o Marañón -como era llamado allá- donde irían a buscar oro» (17).

partes de los españoles y la empresa de Vaca Diez intenta reemplazarlos capturando indígenas río arriba: de los cuatrocientos trabajadores escogidos, entre los cuales se cuentan sesenta mujeres y niños, finalmente llega al Orthon tan sólo un centenar.

La saga de los españoles revela que el talón de Aquiles de la industria gomera era, justamente, la escasez de mano de obra, imprescindible para satisfacer la demanda de una producción cada vez más exorbitante. Para desesperación de los empresarios, el problema tenía dos vértices: por un lado, debían conseguir trabajadores, pero por otro, al mismo tiempo, necesitaban que estos –sean criollos, indígenas o europeos– cumplieran con el plazo contractual y con sus propias deudas en un escenario complicado como la selva amazónica (Córdoba 2015a, 22).<sup>16</sup>

La necesidad voraz de mano de obra impulsa la migración nacional, cooptada en Santa Cruz de la Sierra, Sucre o La Paz, y a la vez atrae la llegada de inmigrantes internacionales reclutados en España, Francia, Suiza, Alemania e Inglaterra, como nuestros conocidos Hessel, Feichtner, Ritz o Leutenegger. Sin embargo, el problema insoluble siguió siendo siempre la desertión sistemática de los trabajadores entre el ‘enganche’ del personal, la llegada efectiva a la barraca y el cumplimiento del contrato; y todo eso por no hablar de las inclemencias del clima, del aislamiento, de la mala alimentación, de las enfermedades tropicales y del clima de violencia casi endémica que muchas veces diezmaba a los trabajadores. Es en ese contexto particular donde el testimonio de Lizzie sirve para documentar la cotidianidad de las formas locales de captación de indígenas para el servicio doméstico o hasta de captura de nativos para vender a otros caucheros: «Tenemos unos niños pequeños salvajes en la lancha que han sido capturados unos días atrás. Los tomamos para venderlos en otra aldea» (Morrison, Brown, Rose 1985, 90).

Con sus descripciones a veces más empáticas y otras veces más frías, casi insensibles, las cartas de Lizzie nos permiten reconstruir el cuadro descarnado, no exento de tensiones, tanto de la realidad cotidiana en los centros gomeros como de la reproducción periférica del circuito extractivo: las barracas, los comercios, las oficinas, las plantaciones, la esfera social y la doméstica. Ciertamente, su mirada pone sobre el tapete los sesgos y prejuicios implícitos en la retórica del orden y el progreso, o la moral paternalista, el sexismo, el racismo y hasta la violencia propios de un extractivismo rapaz. Quizá, en este sentido, sea ilustrativo su desencanto cuando confiesa que no entiende por qué los trabajadores criollos, migrantes e indígenas huyen a la selva y rehúsan el espejismo de ‘civilización’ que les ofrece

<sup>16</sup> Varios escritos de la época reflejan los innumerables dilemas implícitos en la contratación de mano de obra (ver, por ejemplo, Arnous de Rivière 1900, 433; Melby 1942, 454; Balzan [1885-1893] 2008, 193).



la aventura gomera, o bien la desesperación de la pequeña niña nativa que come su propia ropa por las noches, acaso una variante de la geofagia que reiteradamente reportan las fuentes de la época entre los trabajadores criollos e indígenas:

Creo que les conté que los niños aquí a veces empiezan a comer tierra. Tengo a una niña salvaje de unos cuatro años que come su ropa. Lleva puesto nada más que un pequeño vestido suelto, pero en una noche come grandes jirones de él. (90)<sup>17</sup>

Con el mismo desapego con que informa que mueren sus loros, monos y perros, Lizzie reporta la muerte de la niña que no podía dejar de devorar su vestido.

Pero lo que la reina del Orthon tampoco sabe es que su propio turno no está lejos. Poco antes de la Navidad de 1899, luego de dos días de fiebre, fallece a su vez en la barraca. Según lamenta Fred Hessel, la culpable es la epidemia de fiebre amarilla. La muerte es anunciada en *La Gaceta del Norte* el 20 de diciembre de 1899, aunque la noticia tardará dos meses en llegar a la familia Mathys en Inglaterra. Dice el periódico:

Señora Isabel de Hessel

La helada mano de la muerte ha tronchado en flor una preciosa existencia.

Ha dejado de ser la digna esposa del señor Federico J. Hessel, después de breve enfermedad, en la mañana del 18.

Joven aún, la felicidad le sonreía y ni las privaciones ni los sufrimientos de la localidad le arredaban; vivía contenta, alentando al hombre que escogió por su compañero, en su laboriosa vida.

Lejos, muy lejos de los suyos, ¡qué triste debe ser morir!

Su afabilidad y la fuerza de su trato no se borrarán del recuerdo de las personas que tuvieron la suerte de conocerla.

¡Qué inescrutables son los designios de la Providencia!

La que ayer constituía el encanto de su hogar, yace hoy rígida, sumiendo en el más profundo pesar a su esposo.

Resignación y valor, ¡qué fácil son de pronunciarlas estas palabras y cuán difícil es tenerlas cuando la intensidad del dolor ¡arranca lágrimas de sangre!

Que en paz descanse la esposa modelo de virtudes, y que el bálsamo que fluye de la religión y la filosofía atenúe en algo el justo duelo de su inconsolable esposo.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Ver, por ejemplo, los testimonios sobre la geofagia de Franz Ritz y Ernst Leutenegger en Córdoba 2015a.

<sup>18</sup> *La Gaceta del Norte*, año XIII, n.º 78, 20 de diciembre de 1899, 4.

Poco a poco la tumba de Lizzie es tragada por la vegetación del Amazonas mientras desaparece cualquier vestigio de la vida glamorosa en la sede central de la compañía.<sup>19</sup> La barraca Orthon cambia de gerente poco después de su muerte y la consecuente partida de Fred. El 25 de abril, cuatro meses después, la misma *Gaceta* publica un aviso firmado por Hessel que comunica al público que el comando de la barraca pasa a manos del señor José Feichtner. El cauchero alemán lo confirma en su diario cuando anota: «entre 1901 a 1904, en medio de las ya citadas agitaciones en Acre, me fueron delegados plenos poderes como consejero jurídico de la Orthon Bolivia Rubber Co.» (Feichtner [1897-1915] 2013, 53). Por esas vueltas del destino, se trataba del mismo joven Feichtner que había compartido con los Hessel gran parte del viaje desde Europa.

Poco menos de cuatro años luego de la muerte de Lizzie, la barraca está en evidente declive y, por más que prosiga el boom de la goma elástica, la empresa del fallecido Vaca Diez se encuentra en un proceso de marcada decadencia, abandonadas sus instalaciones y siendo sus activos liquidados para saldar las deudas. Nicolás Suárez se asienta como el gran magnate boliviano de la goma y su empresa crece de forma fabulosa al ritmo de la demanda internacional, hasta absorber la firma de su fallecido primo. Convocado por el presidente José Manuel Pando para ejercer el cargo de jefe de ambulancias en la guerra del Acre (1899-1903), el doctor Elías Sagárnaga observa en sus memorias la ruina del emporio de Vaca Diez:

Bajamos el Beni, llegando a las 4.40 al barracón Orthon, reliquia de antiguas grandezas, obra de las concepciones fantásticas del señor Vaca Diez, que tan tristemente falleció ahogado en uno de los afluentes del Purús, en el Ucayali, al poco tiempo de haber vuelto de Europa, conduciendo aquella remesa de inmigrantes españoles que labraron su ruina. Hoy no quedan sino los despojos de esos tiempos, en que se manejaban las libras por montones y todo en poder del señor Suárez, encargado de la liquidación de la compañía Orthon, en su calidad de principal acreedor. El barracón Orthon es la más soberbia casa que existe en el Beni y que podría lucirse en cualquier capital. El tiempo va encargándose de la destrucción de esa gran obra. (Sagárnaga 1909, 63)

Las misivas de Lizzie a sus familiares durante sus tres años en Sudamérica constituyen un archivo excepcional que nos permite acceder, de primera mano, a una dimensión poco conocida de la experiencia femenina en la selva amazónica. Sin buscarlo expresamente, la

<sup>19</sup> Cuando Morrison filma su película en la década de 1980, procura inútilmente identificar la tumba de Lizzie y tan sólo encuentra otras lápidas cubiertas por la vegetación.

1892. Marriage solemnized at San Andrés in the Parish of San Andrés in the County of Córdoba.

No.	Male Name	Female Name	Age	Profession	Place of Birth	Parish of Birth	Place of Birth	Place of Birth
221	Fred Hessel	Lizzie Hessel	28	Bookkeeper	Germany	Germany	Germany	Germany
222	Lizzie Hessel	Fred Hessel	21	Bookkeeper	Germany	Germany	Germany	Germany

Witnesses: [Signatures]

Officiant: [Signature]

1892. Marriage solemnized at San Andrés in the Parish of San Andrés in the County of Córdoba.

No.	Male Name	Female Name	Age	Profession	Place of Birth	Parish of Birth	Place of Birth	Place of Birth
221	Lizzie Hessel	Fred Hessel	21	Bookkeeper	Germany	Germany	Germany	Germany
222	Fred Hessel	Lizzie Hessel	28	Bookkeeper	Germany	Germany	Germany	Germany

Witnesses: [Signatures]

Officiant: [Signature]

Figura 30 Certificado de casamiento de Fred y Lizzie Hessel. Fuente: © Ancestry.com

jovencita que llega a ser reina de la barraca en el Orthon echa luz sobre su propia vida y, a la vez, nos ayuda a recrear el contexto social, político, económico, geográfico y también étnico en el que transcurre sus últimos años. Más allá de su mirada por momentos distante, debida en parte a la época, en parte a la famosa flema británica, y en parte –por qué no– a la propia personalidad de Lizzie, las impresiones que deja en sus cartas siguen ofreciéndonos uno de los pocos testimonios femeninos de un período crucial para la historia amazónica. Su relato, a pesar de sus sesgos, de sus silencios, de sus prejuicios, nos permite recalibrar la leyenda extractiva cuestionando su lectura hipermasculinizada, y comenzar a dar voz a todas aquellas mujeres que, en esos mismos momentos, protagonizaban los avatares –a veces encantadores, a veces heroicos y a veces también macabros– de la gran aventura gomera.

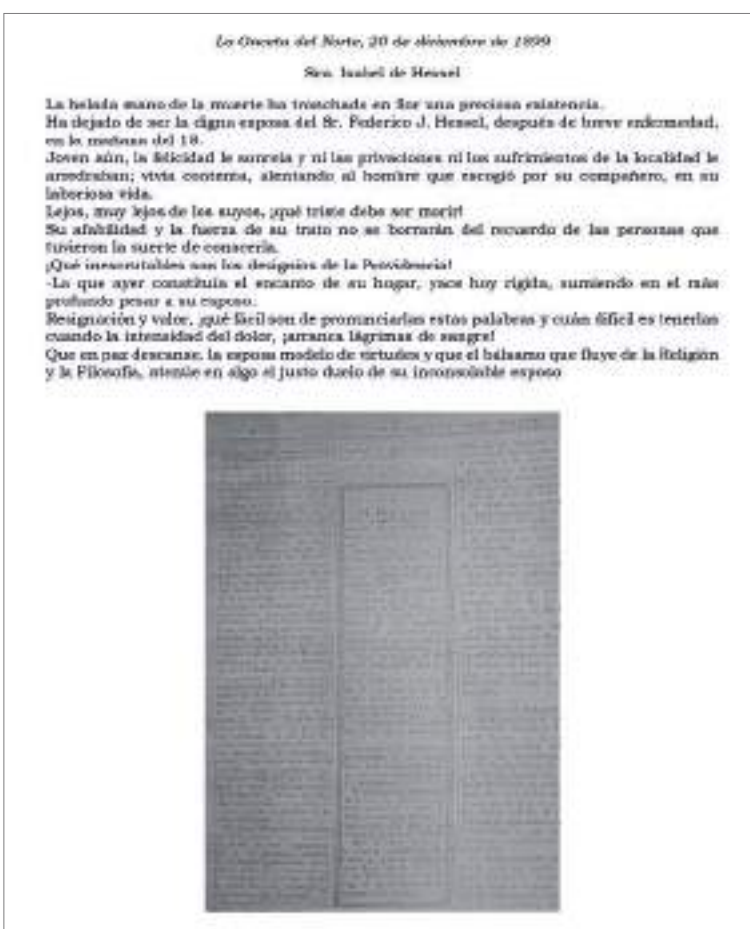
Como señala Tony Morrison en su introducción a la edición original en inglés, la propia historia de Lizzie «se perdió en el mar de sucesos que se dieron con la creciente fiebre del caucho» (Morrison, Brown, Rose 1985, XX). Tal como vimos, el apogeo vertiginoso de la goma elástica fue como una tormenta de verano que arrasó todo a su paso (Roca 2001, 177). Luego de casi cuarenta años de prosperidad en los cuales la Amazonía boliviana se abre por primera vez al mundo, recibiendo la ola de capitales e inmigrantes nacionales y extranjeros que llegan a la selva en busca de una riqueza rápida, poco queda de todo aquel antiguo esplendor. Aun en los términos internos



**Figura 31** La casa de The Orthon Rubber Co. Postal. Sobre n.º 1.  
Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

del propio escenario cauchero, otros sucesos de la época acapararon la atención y opacaron las circunstancias de su muerte: la desaparición de Fitzcarrald, la guerra del Acre entre Bolivia y Brasil que tenía lugar a pocos kilómetros, el escándalo internacional de la violencia cauchera en el Putumayo. Todos esos eventos fueron casi contemporáneos de la historia del joven matrimonio inglés, y es por eso que Morrison lamenta que «las cartas de Lizzie salieron a la luz demasiado tarde». Pero, para ver el vaso medio lleno, si bien es cierto que el material recién se conoce en castellano casi 125 años después de la muerte de Lizzie, también es cierto que hoy disponemos de nuevas herramientas comparativas que nos permiten apreciar en mayor medida la valiosa información que se desprende de sus escritos.

Salvo algún caso claramente excepcional como el de la propia Lizzie, que por medio de estas cartas logra plasmar para la posteridad su propia versión de los hechos, lo cierto es que, anónima o apenas reconocida, marginal, casi invisible, la mujer gomera sigue eludiéndonos al quedar por lo general representada en las fuentes a través del filtro mediador del testimonio masculino. Aunque alguna de ellas pueda llegar eventualmente a transformarse en la ‘Madame de Pompadour’ de la barraca, se trata, ante todo, de una mujer presentada en genitivo: es decir, definida como ‘la esposa de Fred’, ‘la amante



**Figura 32** Obituario de Lizzie en *La Gaceta del Norte*, 1899.  
Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

de Ulmer', 'la compañera de Leutenegger'. Una persona-objeto que puede ser tratada gentilmente cuando es afortunada, pero, también dependiendo de la variabilidad de los estatus y las circunstancias, abusada, maltratada, comprada o casada contra su voluntad, tomada para todo tipo de favores laborales o sexuales, e incluso muerta sin la mínima dignidad de ser identificada -tal como la desafortunada esposa de Menditte, asesinada sin que ninguna fuente haya reparado en conservar siquiera su nombre-. Y aquí, de nuevo, es donde se revela la riqueza testimonial de las cartas de Lizzie: porque son su voz, sus pensamientos y sus propios prejuicios los que al fin y al

cabos componen la única mirada femenina que nos llega directamente de una mujer para informarnos cómo era la vida gomera en la selva con sus altos y sus bajos, sus luces y sus sombras, mes tras mes, de día y de noche. Lizzie vive, piensa y documenta los años dorados de la goma elástica en la Amazonía aunque su voz nos llegue tarde, pero ojalá también -al menos eso espero- en el momento en que más la podemos apreciar.